

Estudio del armamento hallado en las colonias fenicias de Andalucía

JUAN ANTONIO MARTÍN RUIZ¹
Universidad Internacional de Valencia

RESUMEN

Se aborda un estudio del armamento documentado en las colonias fenicias del sur de la Península Ibérica a lo largo del I milenio a. C., lo que ha permitido reunir un total de 156 artefactos consistentes en espadas de varios tipos, diversas armas de asta y algún regatón, junto a puntas de flechas, glandes de hondas, corazas, escudos circulares y ovales además de cascos de distinta procedencia. Este armamento muestra una amplia variedad en cuanto a sus orígenes pues, junto con algunos elementos que responden al acervo material fenicio, encontramos otra serie de artefactos que resultan ser mayoritarios y cuyo origen cabe situar en los ámbitos griego, meseteño, ibérico o itálico. Aunque estas armas se reparten por hasta once yacimientos, es la necrópolis de Villaricos la que acumula la mayor parte como resultado de la presencia de componentes indígenas allí enterrados.

PALABRAS CLAVE: Armamento, fenicios, colonias, Andalucía.

ABSTRACT

A study of the armament attested in the Phoenician colonies of the south of the Iberian Peninsula throughout the 1st millennium BC is approached. A set of 156 artifacts consisting of several types of swords, various spears and spear butts, together with arrowheads, slingshot glans, breastplates, round and oval shields as well as helmets of different origins have been gathered. As for their origin, this weaponry shows a wide variety because even though some elements respond to the Phoenician sphere, most of them can be traced back to the Iberian Plateau, or can have an Iberian, Greek or Italic provenance. Although these weapons are distributed over up to eleven sites, it is the Villaricos necropolis which accumulates most of them as a result of the presence of indigenous individuals buried there.

KEY WORDS: Weapons, Phoenicians, colonies, Andalusia.

1. INTRODUCCIÓN

La visión que se ha venido transmitiendo tradicionalmente sobre la sociedad fenicia es la de unas comunidades pacíficas dedicadas de forma mayoritaria al comercio, aun cuando a veces algunas fuentes clásicas de la Antigüedad, sobre todo griegas, no duden en relacionarlos con la piratería y el robo (AUBET, 2003: 99). Dicha imagen pacífica, de la que no obstante suele excluirse a Cartago (WAGNER, 2000: 19-24), ha favorecido que los estudios sobre su armamento hayan quedado relegados a un segundo plano, a lo que sin duda ha ayudado su escasa aparición en el registro arqueológico. Claro que también ha contribuido a esta situación una problemática que afecta no solo a las colonias orientales asentadas en el sur de la Península Ibérica, sino a otras repartidas por diversas zonas del Mediterráneo (BARTOLONI, 1996: 138; FAMA, 2006: 243-244), como es que algunos de estos descubrimientos se produjeran en siglos pasados dentro de una

gran indefinición y sin que hayan llegado hasta nosotros o lo hayan hecho de forma parcial y deficiente.

Como es lógico esta circunstancia hace que no siempre podamos establecer sus características, como ejemplifican alusiones tan poco explícitas como la “*espada ancha*” de un hipogeo exhumado en Almuñécar en 1602 (FARISELLI, 2013: 73), o las “*armas de hierro*” que aparecieron en una cista gaditana próxima al sarcófago antropomorfo masculino en el siglo XIX (RODRÍGUEZ DE BERLANGA, 1891: 310-311). Y por si fuera poco a todo ello se une la complejidad existente a la hora de establecer la datación de buena parte de estos materiales, lo que dificulta establecer sincronismos y procesos de evolución en el tiempo, por no hablar del no pocas veces pésimo estado de conservación que complica o incluso imposibilita establecer su tipología.

No obstante, esta visión ha ido cambiando progresivamente gracias a la publicación de interesantes trabajos que nos permiten comenzar a valorar su presencia en los yacimientos coloniales repartidos por el Mediterráneo como

1) jamartinruiz@hotmail.com ORCID: 0000-0002-5272-4815

tendremos ocasión de comprobar más adelante, al mismo tiempo que se producen nuevos hallazgos que vienen a ampliar el espectro de artefactos conocidos. Todo ello a la par que se valoran datos aportados por las fuentes escritas que aluden a las luchas mantenidas entre Tiro y Sidón durante el siglo XIV a. C. (VIDAL, 2006: 255-261), la participación de algunas ciudades fenicias en las batallas de Qarqar (VIDAL, 2012: 103-104), o la incursión realizada por el rey tirio Luli en la isla de Chipre (BUNNES, 1992: 266). Así mismo, conocemos episodios donde los fenicios hicieron uso de una extrema dureza e incluso crueldad, como vemos cuando con ocasión del asedio a que les sometió Alejandro Magno los habitantes de Tiro degollaron un grupo de prisioneros macedonios y arrojaron sus cuerpos al mar (VITA, 2000: 70-71).

Sin embargo, hasta el momento no se ha realizado ningún estudio monográfico sobre el armamento descubierto en los yacimientos fenicios localizados en el mediodía de la Península Ibérica. Por ello creemos oportuno llevarlo a cabo en las páginas que siguen ofreciendo una imagen de síntesis sobre el tema. A tal fin planteamos una visión diacrónica desde su llegada al extremo occidente establecida en la actualidad en la segunda mitad del siglo IX a. C., hasta el cambio de era, lo que nos permitirá examinar su evolución a lo largo de un dilatado período de tiempo. Con dicha pretensión debemos hacer constar que no solo se aborda el estudio de aquellas armas que pudiéramos considerar como directamente relacionadas con Oriente y que, como veremos, no son muchas, sino también aquellas que se han hallado en estas colonias con independencia de cuál sea el lugar originario donde se elaboraron, lo que nos llevará a intentar buscar una explicación histórica a este hecho. El que todas ellas hayan sido ya publicadas nos exime de entrar en detalladas descripciones de las mismas, si bien podremos ir comprobando cómo en no pocos casos la información que existe al respecto es bastante limitada.

No obstante, debemos hacer constar las dificultades que su estudio implica, puesto que no pocas piezas carecen de contexto con el que poder vincularlo, muestran un deficiente estado de conservación que las ha fragmentado o cubierto de una fuerte capa de óxido que complica entrever sus detalles, y sin que dispongamos de representaciones gráficas de un buen número de hallazgos que, cuando las hay, no siempre son de la calidad deseada. Como es lógico todo ello incide en la dificultad de datar buena parte de estos hallazgos según indicamos, lo que complica establecer su evolución temporal. Así mismo, hemos de tener presente que para el tema que ahora nos ocupa no disponemos de dato alguno aportado por las fuentes escritas que en este ámbito geográfico permanecen totalmente mudas, ni tampoco con representaciones pictóricas como en otras zonas. En consecuencia hemos de guiarnos exclusivamente por los restos arqueológicos que nos han llegado y que, además de las propias armas, incluyen algunas piezas de marfil, una escultura y un par de discos cerámicos, pues preferimos no incluir los escarabeos y sellos de anillos ya que no podemos estar seguros de que no hubieran sido elaborados en otros ambientes diferentes al que nos ocupa.

Hemos de indicar que no se han incluido los cuchillos afalcatados dado que, aunque no existe una plena unanimidad entre los autores, en la actualidad se tiende mayoritariamente a no considerarlos como armas al menos en lo

concerniente a la sociedad fenicia, dada la gran variabilidad de sus dimensiones que oscilan entre los 6 y los 27 cm, de tal forma que se vinculan con aspectos rituales, funerarios o como símbolos de estatus social, aunque ello no excluye por supuesto que en caso de extrema necesidad los de mayor tamaño pudieran usarse para luchar (QUESADA, 1997a: 167-168; MANCEBO, 2000: 1825-1829).

2. EL ARMAMENTO EN LOS YACIMIENTOS FENICIOS DEL MEDITERRÁNEO

Aunque el examen detenido del armamento hallado en los enclaves fenicios repartidos por el Mediterráneo excede con mucho nuestras pretensiones, creemos oportuno esbozar siquiera las principales características de lo descubierto hasta ahora en las diversas zonas que ocuparon, lo que nos permitirá tener una visión más ajustada de lo acaecido en el actual territorio andaluz. Comenzando por la propia Fenicia cabe señalar lo escasamente que se han estudiado estos materiales, que por ahora se limitan a una serie de hallazgos repartidos por diversos yacimientos de distintas etapas. En este sentido resulta obligado aludir al menos a las armas empleadas a fines de la Edad del Bronce, bien documentadas gracias al reino de Ugarit. Sabemos que el ejército ugarítico estaba integrado por infantes y carros de dos ruedas radiadas, pues todavía no es seguro que contasen con unidades de caballería. Su variado armamento comprendía tanto armas ofensivas como defensivas, entre las que podemos citar las lanzas (*mrh*), de las que a veces portaban un número variable que incluía una, dos o hasta cuatro ejemplares, jabalinas (*srdnm*), hachas (*mdr*) y mazas, así como arcos (*qst*) cuyos fabricantes aparecen mencionados en tablillas y que se ha sugerido debieron ser compuestos. Para ello se toma como referencia un pasaje de la Epopeya de Aghatu en el que se comenta el uso de distintos materiales para su confección, siendo de pequeño tamaño, ligeros y potentes con fundas para guardarlos dada su fragilidad. A ellos se añaden las necesarias flechas confeccionadas con puntas pétreas o metálicas y cuerpo de caña, parece que en proporción de una decena por arco (VITA, 1995: 60-76). Junto a estas armas se documentan espadas (*mdrn*), siendo característica la denominada como tipo Ugarit con una longitud de entre 40-50 cm y acanaladuras centrales paralelas en su hoja de dos filos (Fig. 1), lo que no es obstáculo para que hasta aquí llegaran espadas originarias de Europa central, en concreto del tipo Naue II (JUNG, MEHOFER, 2008: 116-128) que también encontramos en algunas tumbas de Hama (WARMENBOL, 1983: 82-83), sin olvidar que en un marfil del siglo XIX a. C. se representa un rey acabando con un enemigo que porta una espada de hoja triangular (PARRROT *et alii*, 1975: 74). Así mismo, contaban con escudos (*gl'*), yelmos y corazas de bronce y cuero (*trjn*) como elementos defensivos que, en lo concerniente a estas últimas, debían proteger tanto a los hombres como a los caballos que tiraban de los carros (GUBEL, 1992: 40; VITA, 1995: 40-66 y 135-153). Inclusive ha sido posible documentar un episodio violento acaecido a un individuo ugarítico de entre 18 a 30 años de edad que fue atacado con una flecha de bronce a una distancia no mayor de 50 m, la cual apareció hincada en una de sus vértebras y que le habría perforado el pulmón provocándole un neumotórax que le causó su fallecimiento (JARRY, 1939: 293-296).

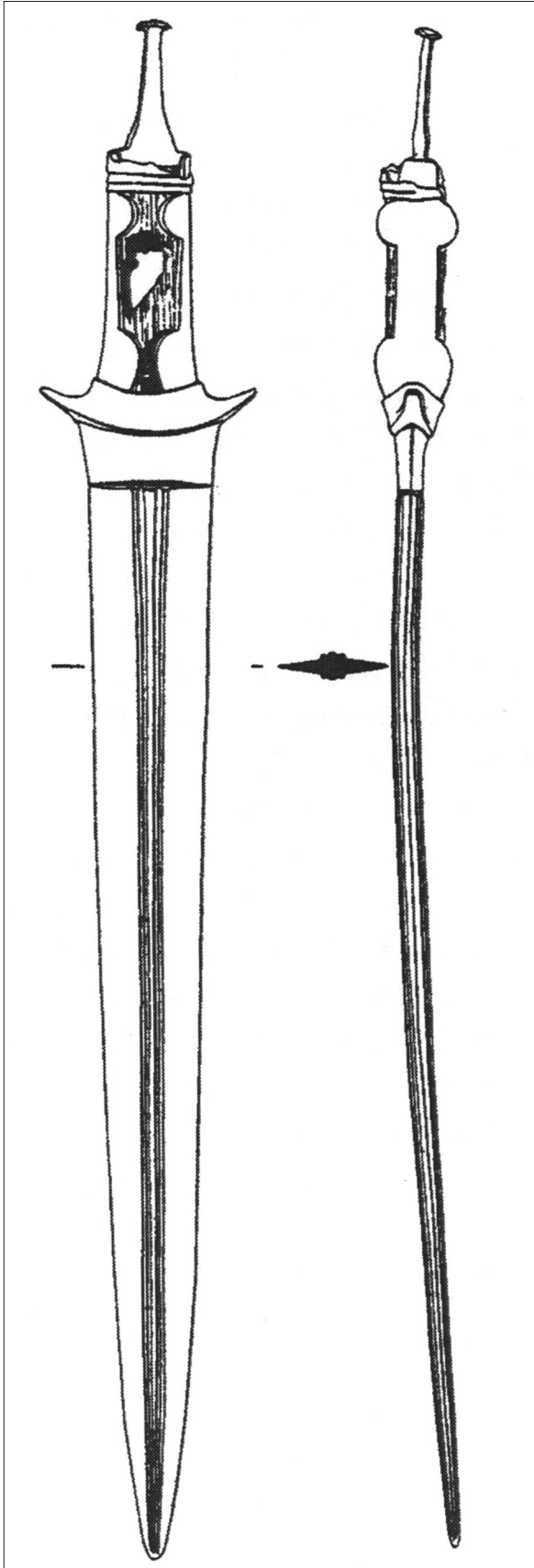


Fig. 1: *Espada tipo Ugarit* (Fuente: Jung, Mehafer).

Por su parte en relación con las tierras de Canaán durante la Edad del Bronce podemos recordar los hallazgos



Fig. 2: *Hacha calada de Biblos* (Fuente: Parrot et alii).

realizados en el templo de los obeliscos de Biblos con una fecha en torno a los siglos XIX-XVIII a. C., donde se encontraron hermosas hachas caladas (Fig. 2) y puñales ricamente decorados, así como una figura de bronce de un guerrero con puñal, lanza y una de estas típicas hachas que ya no veremos en el I milenio a. C. (PARROT *et alii*, 1975: 65). Características de los siglos XII-X a. C. en toda esta zona son unas puntas de flecha lanceoladas con pedúnculo de sección romboidal, las cuales suelen mostrar algún texto escrito en sus superficies (PUECH, 2000: 255-265), pero que algunos autores creen que deben ser consideradas como puntas de jabalinas (GRAS *et alii*, 1991: fig. 3). La escasas armas localizadas en la necrópolis K de Biblos se reducen a un posible puñal de bronce y tres puntas de flecha de hierro y bronce con formas lanceoladas o de perfil triangular (SALLES, 1980: 62).

Aludiendo ya al ámbito propiamente fenicio del I milenio a. C. podemos suponer que su ejército tendría una organización heredada de la ugarítica aunque con fuertes influjos de la exitosa maquinaria militar asiria (VITA, 2003: 71-72). Hemos de entender que estos ejércitos no eran en modo alguno de gran tamaño como refleja la aportación de media docena de enclaves fenicios en las dos batallas



Fig. 3: Terracota de arquero a caballo de Biblos (Fuente: Bartoloni).

de Qarqar acaecidas en los años 853 y 720 a. C., donde aportaron varias decenas de carros y unos pocos miles de hombres (VIDAL, 2012: 103-104). Estas fuerzas incluían infantería integrada por lanceros y arqueros, así como carros y, tal vez, caballería pues su no presencia en las dos batallas de Qarqar ha llevado a poner en duda su existencia (Vidal, 2012: 108). En todo caso parece que la misión de estos jinetes era la de vigilar y hostigar al enemigo, así como perseguirlo si llegaba el momento para lo que hacían uso de arcos (VITA, 2000: 75), como refleja una terracota de Biblos de los siglos VIII-VI a. C. en la que uno de los laterales de la montura porta un carcaj lleno de flechas (Fig. 3) (BARTOLONI, 1988: 161). Además, podemos citar alguna terracota también de jinete como la proveniente de la necrópolis de Tiro-al Bass fechada en el siglo VII a. C., en la que se advierte que el escudo pudo tener un umbo central, portando un casco con cuernos que nos remite a modelos chipriotas en bronce datados a partir del II milenio a. C. (KARAGEORGHIS, 1971: 258-259; LEHMANN-JERICKE, 2004: 417-419). Según Herodoto (VII, 89) los fenicios embarcados en la flota de Jerjes I llevaban cascos muy parecidos a los griegos, así como petos de lino. A ellos podemos sumar lanzas, escudos circulares, espadas, puñales, hachas dobles y mazas. La propia Tiro refleja la escasez de armamento documentado hasta el momento al ofrecer tan solo un par de puntas de flechas de bronce lanceoladas halladas en los estratos XI-XII y IV, datados respectivamente entre los siglos XII-X y VIII a. C. (BIKAI, 1978: 67). Por su parte en la necrópolis de Achziv se recuperaron un buen número de puntas de flecha de hierro

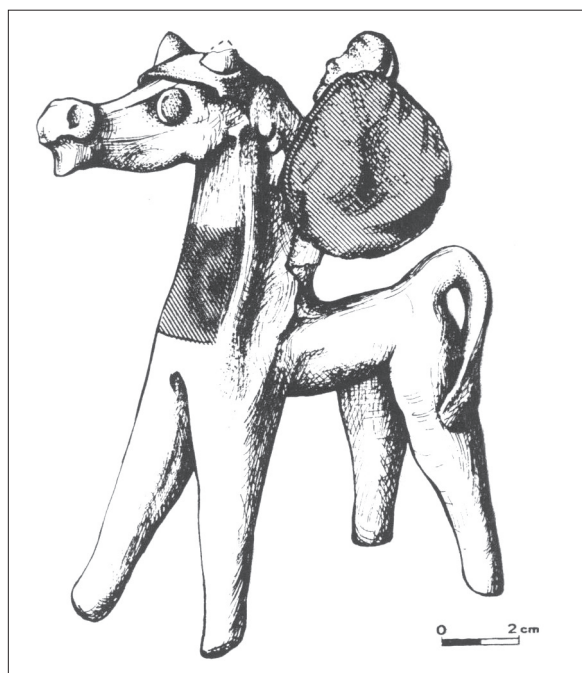


Fig. 4: Terracota de jinete con escudo de Azhiv (Fuente: Mazar).

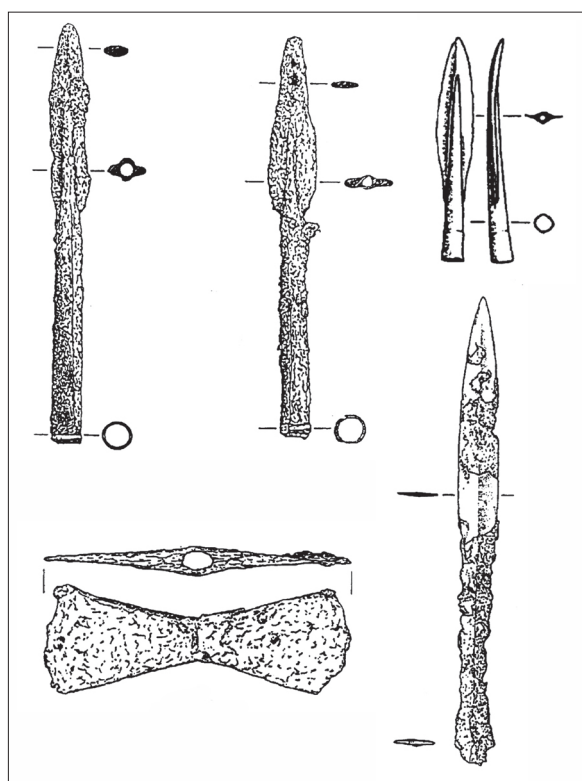


Fig. 5: Lanzas, punta de flecha, hacha y espada de Panormo (Fuente: Tisseyre).

de forma triangular, así como una espada estrecha y larga con dos filos que alcanza los 74 cm de longitud, puñales y algún hacha doble, sin olvidar alguna terracota en la que se representó un jinete con un escudo circular (Fig. 4), todo ello con una amplia cronología que abarca desde el siglo X al IV a. C. (MAZAR, 2001: 119 y 145; 2004: 117-125). Ya con una fecha entre los años 775-700 a. C. se documenta

la presencia de espadas largas, rectas y puntiagudas en la tumba IV de Rachidieh (DOUMET, 1982: 129-130).

Hablando ahora del Mediterráneo central nos detendremos en primer término en la isla de Sicilia, donde el número de hallazgos es igualmente escaso localizándose en yacimientos como Panormo (Fig. 5), Solunto y, sobre todo, Mozia que destaca por ser el que más armas ha facilitado. En conjunto han proporcionado espadas, lanzas, jabalinas, regatones, puñales, puntas de flecha y hachas dobles fabricadas en hierro, salvo las puntas de flecha para las que se empleó el bronce, junto a glandes pétreos para hondas. Todo ello datable entre finales del siglo VIII y el IV a. C. También se conoce un relieve en el que se ejecutó un jinete armado con lanza y escudo circular de época helenística. Algo inusual es la aparición en la tumba núm. 11 moziense de una pieza férrea que ha sido denominada como arpón (CINTAS, JULLY, 1980: 39-40). Resulta interesante constatar el claro predominio de las armas ofensivas y una marcada ausencia de las defensivas, habiéndose detectado dos tipos de lanzas: uno en el que se muestran pesadas y largas con 45 cm de longitud, y otro en el que se observan más estrechas y alargadas, así como otros tantos de jabalinas que pueden mostrar formas foliáceas o lanceoladas (CINTAS, JULLY, 1980: 32-45; TISSEYRE, 1998: 362-368; ACQUARO, 2005: 50-51; FAMÀ, 2006: 244-245; TUSA, 2012: 133 y 138; FARISELLI, 2013: 33-43).

En lo referente a Cerdeña apuntaremos que también aquí es poco numeroso el armamento documentado, el cual se ciñe a puntas de flechas, espadas, puñales que en algún caso muestran ser de tradición nurágica, lanzas con hojas denominadas de laurel y jabalinas de hierro, todo lo cual ha sido localizado en Tharros, Tuvixeddu, San Antioco y en particular Bitia, con cronologías que abarcan desde la primera mitad del siglo VIII al VI a. C. Igualmente podemos comentar una sepultura de Tuvixeddu en la que se descubrió un individuo pintado que mostraba un tocado de plumas y una lanza. Aunque aquí predominan también las armas ofensivas en esta ocasión aparecen algunos materiales defensivos de origen heleno, como son una greba y un casco corintio, siendo así que también se encuentran elementos de carácter nurágico como sucede con unas vainas votivas metálicas (BOTTO, 1996: 138-143; NAPOLI, 2008: 1655-1661; FARISELLI, 2013: 45-67; SGHAÏER, 2017: 245).

Respecto a Cartago y su área de influencia tunecina, donde podemos incluir yacimientos como Útica, Ksour-Es-Saaf, Adrumeto... disponemos de espadas, puñales con posibles fundas de marfil, puntas de lanza, la parte delante de una coraza de fuerte influjo helenístico, algunos glandes y puntas de flecha con una data que comprende los siglos VII-III a. C., predominando igualmente las armas ofensivas aunque siempre con escasa trascendencia cuantitativa (GUBEL, 1992: 41). Además, gracias a la epigrafía sabemos de la presencia de *p'l hsm* "fabricantes de mazas" y *p'l hqst* "fabricantes de arcos" (RUIZ, 2009: 57). Se han hallado varias representaciones en cerámica y pintadas sobre las paredes de cámaras funerarias en las que vemos individuos armados y en las que se perciben las fuertes relaciones con las poblaciones líbicas, como un cuenco de Smirat en el que se grabó un guerrero con lanza y un escudo circular, en tanto el hipogeo de Sidi Salem muestra un personaje pintado con un gorro como el de Tuvixeddu, el localizado

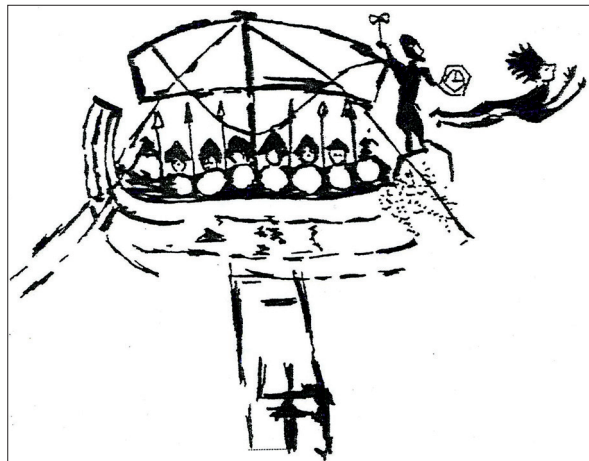


Fig. 6: Imagen de la sepultura de Kef el Blida (Fuente: Bartolloni).

en El Mansourah un hacha doble y el de Kef el Blida varios lanceros con gorros cónicos y escudos circulares, además de otro varón con gorro blandiendo un hacha doble en una mano y un escudo circular en la otra -Fig. 6- (BARTOLONI, 1988: 160; FARISELLI, 2013: 23-31; SGHAÏER, 2017: 245-251). Así mismo, una estela nos ofrece la imagen de un caballero con un posible casco Montefortino que temporalmente se ha situado en el siglo III a. C. (FARISELLI, 2006: 77-78). Más al oeste se encuentran armas en la necrópolis de Rachgoun consistentes en lanzas de hierro y algún posible umbo de escudo (VUILLEMOT, 1956: 29-30).

La isla de Ibiza ha facilitado como las restantes zonas un número muy limitado de estos objetos bélicos, hallados en enclaves como la propia ciudad de Ibiza, en particular Puig des Molins, junto con Cap Martinet, Sat Rosa o Ca Na Jondala. Además de alguna lanza nervada resulta ser el área que más puntas de flechas ha facilitado con cerca de medio centenar de ejemplares (VIVES 1917: 58; MESEGUER, 1974: 78-79; RAMÓN, 1983: 314-317; FERNÁNDEZ *et alii*, 2017: 323-325). Así mismo, también procede de aquí un disco cerámico del siglo VI a. C. en el que se grabó un jinete armado con un escudo circular, una lanza, y un casco corintio (BLÁZQUEZ, 1966: 101-102).

3. EL ARMAMENTO EN LAS COLONIAS FENICIAS DE ANDALUCÍA

A continuación procederemos a examinar el diverso armamento hallado en las colonias fenicias del solar andaluz, para lo que dividiremos estas armas en ofensivas y defensivas, grupos que a su vez se subdividen en espadas de varios tipos, armas de astil, regatones, puntas de flecha y glandes de hondas en el primer caso, junto con escudos, corazas y cascos en el segundo. Así pues, comenzamos este examen contemplando aquellos elementos bélicos que sirvieron para atacar a un potencial enemigo y que resultan ser los más abundantes al igual que como hemos comprobado sucedía en otras zonas colonizadas por los fenicios.

3.1. ARMAMENTO OFENSIVO

3.1.1. ESPADAS

Se conocen 49 espadas que han sido documentadas en la necrópolis de Villaricos, así como Almuñécar aunque en

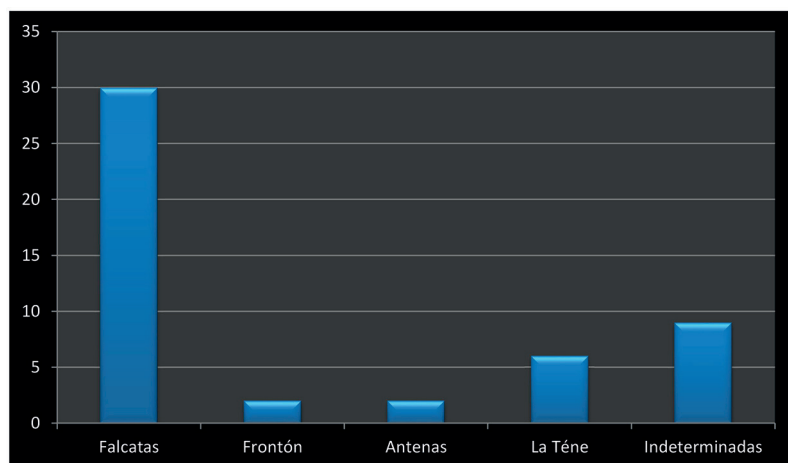


Fig. 7: Gráfico de distribución de los distintos tipos de espadas (Fuente: elaboración propia).



Fig. 8: Falcatas de Villaricos: 1- tumba 58; 2- tumba 48; 3- tumba 6; 4- tumba 43; 5- tumba 63; 6- tumba 152; 7- hipogeo 556 (Fuente: Siret, Almagro Gorbea).

este último lugar es apenas testimonial pues se reduce a una hallada en el siglo XVII. Son varios los tipos que podemos diferenciar (Fig. 7), de manera que entre estas armas podemos incluir falcatas, de frontón, de antenas atrofiadas y de La Téne, si bien en lo referente al ejemplar sexitano existen serias dudas al no haberse conservado, mientras que en otras ocho de Villaricos resulta imposible establecer su adscripción tipológica.

En primer término podemos hacer mención a la presencia de 30 falcatas ibéricas fabricadas en hierro (Fig. 8), que en el ámbito colonial que ahora nos ocupa han sido descubiertas en tumbas de Villaricos como hemos dicho, casos de las núms. 443 del grupo C, 124 y 995 del grupo E, 126 del grupo F y las tumbas 4, 5, 6, 13, 43, 48, 50 (con dos ejemplares), 51, 58, 63 (con tres), 65, 122, 152, 201,

205, 221, 348, 390 y 1691 del grupo I, junto con las sepulturas 693/9 y 1685 con dos ejemplares del grupo J, además del hipogeo 556 (SIRET, 1985: 82; ASTRUC, 1951: 38, 45-46, 61, 78 Y 82; ALMAGRO, 1984: 64 y 66; QUESADA, 1997a: 846-847; GARCÍA, BUESO, 2015: 334). Aunque algún autor ha incluido la sepultura 488 del grupo C entre aquellas que han ofrecido una de estas falcatas (QUESADA, 1997a: 847), lo cierto es que Astruc (1951: 27 y 38) indica expresamente que "solo una tumba del grupo C tenía armas de hierro" refiriéndose a la núm. 443. En cuanto al ejemplar sexitano poco podemos decir puesto que solo sabemos que tenía una hoja ancha con un único filo, quizás fabricada en hierro como se ha sugerido, si bien tales

características solo se encuentran en las falcatas ibéricas (GARCÍA SERRANO, 1976: 685; FARISELLI, 2013: 73), a no ser que aceptemos que pueda tratarse de una *machaira* como la descubierta en Elche, lo que nos parece mucho menos probable (QUESADA, 1997a: 129 y 131), aunque dada la total falta de información preferimos no contabilizarla dentro de este grupo.

Lamentablemente apenas tenemos datos sobre las mismas puesto que solo disponemos de algunas mediciones para unos pocos ejemplares, como sucede con la de la sepultura 48 cuya longitud máxima era de 53,7 cm y la de su hoja 42,6 cm, en tanto la longitud de hoja de la documentada en la núm. 58 era de 46,5 cm y para la de la núm. 152 su longitud total era de 59 cm, con 3,50 cm de ancho en su empuñadura y 6 cm de ancho máximo de hoja, de forma que superan la longitud media de las hojas de estas armas que ha sido establecida en 48,9 cm (QUESADA, 1997a: 85). Aunque no es inusual que su empuñadura remate en una cabeza de animal, la escasa documentación gráfica publicada de estas piezas almerienses hace que solo podamos constatar tal hecho en cuatro casos en los que adopta forma de cabeza de caballo, como sucede con las precedentes de las tumbas 6, 48, 152 y 443, en tanto la 43 lo hace en una cabeza de ave (SIRET, 1985: LÁMS. XIV-XV; ASTRUC, 1951: 38; QUESADA, 1997a: 785). Con seguridad dos de estas falcatas muestran acanaladuras en sus hojas, casos de las halladas en los enterramientos 48 y 58, así como tal vez también en el núm. 6 aun cuando la deficiente documentación gráfica disponible dificulta en extremo poder aseverarlo. En todo caso la núm. 48 y quizás la 58 se adscribirían al tipo 2 de Quesada (1997a: 94), es decir, aquel en el que las acanaladuras se mantienen paralelas al llegar a la empuñadura.

Es sin duda la espada más conocida del mundo ibérico debido a la peculiar curvatura de su hoja ancha y de un solo filo, lo que no significa que fuese la más extendida. Con un origen discutido que en la actualidad se considera pudo estar en la *machaira* iliria mejor que en el *kopis* egipcio, fue adaptada en la Península Ibérica por lo que parece a lo largo del siglo VI a. C. puesto que ya en la siguiente centuria la vemos plenamente constituida, tal vez en las zonas bas-tetana y contestana al ser donde más abundan (QUESADA, 1997a: 72-90; COLLADO, 2018: 202-205). Era un arma

idónea para herir y cortar de un tajo al ser su hoja robusta y contar con una punta afilada. Todas fueron elaboradas en hierro a partir de tres láminas metálicas de las que la central era más gruesa para ser luego unidas mediante su soldadura, pudiendo contar con acanaladuras en su hoja destinadas a reducir su peso y darle mayor flexibilidad. Al ser un arma corta era más útil para el combate a pie que a caballo, la cual se llevaba colgada del hombro dentro de una vaina, aun cuando debemos tener presente que en estas fechas el caballo era tan solo un medio de transporte al combate, ya que una vez en el campo de batalla el jinete descendía para combatir como un infante (QUESADA, 2002: 39). Algunas de ellas ofrecen decoraciones damasquinadas en plata con motivos geométricos, zoomorfos o vegetales, de manera que en la actualidad se considera que estas armas eran valoradas por los iberos como símbolos del estatus de su propietario (QUESADA, 1997a: 163-164).

Otras espadas ibéricas, aunque con un origen último según parece transpirenaico, son las denominadas de frontón, elaboradas igualmente en hierro y que cabe incluir en el tipo II de Quesada (1997a: 187-192 y 853). Dos serían las provenientes de esta misma necrópolis almeriense (Fig. 9), una de ellas más dudosa al no haberse conservado su empuñadura como acontece con la localizada en el enterramiento 63 del grupo I de Astruc (1951: 61), la cual muestra una hoja triangular ancha en su base (QUESADA, 1997a: 187). Por su parte la segunda, a la que le falta su característico pomo, fue encontrada en la tumba 52 del mismo grupo advirtiéndose la presencia de varias acanaladuras longitudinales como en la anterior (SIRET, 1985: lám. XIV; ASTRUC, 1951: 62).

Surgida según parece en los años finales del siglo VI o los primeros del V a. C., desaparecen a lo largo de la siguiente centuria. Se trata de una espada con una hoja recta corta y ancha de doble filo y nervio bien marcado con una longitud media de 48 cm, 36,9 cm si nos referimos a sus hojas a veces con una tendencia pistiliforme, lo que igualmente la hace poco apta para combatientes a caballo. Muestran unas empuñaduras con unas lengüetas que rematan en un pomo semicircular que son las que otorgan nombre a este tipo de espada, las cuales debieron llevar unas cachas de madera, asta o hueso. Podía ser utilizada como arma punzante lo que no impedía que, no obstante, también pudiera ser empleada para cortar con sus laterales, ofreciendo unas acanaladuras que discurren por toda la longitud de la hoja entre las que se sitúan una serie de finas estrías que, al igual que acontece con las falcatas, debían proporcionarle más flexibilidad y resistencia. Como las anteriores se llevaban dentro de una vaina colgada del hombro de forma similar a las falcatas (QUESADA, 1997a: 175-180; COLLADO, 2018: 190-192).

Como armas meseteñas cabe considerar las dos espadas de antenas atrofiadas confeccionadas con idéntico metal a las que acabamos de comentar (Fig. 9), las cuales fueron descubiertas también en el grupo I. Tal sucede con las sepulturas 63, tal vez de forma pistiliforme, y 190 con antenas atrofiadas que ha perdido la parte inferior de su hoja (SIRET, 1985: 456; ASTRUC, 1951: 61; QUESADA, 1997a: 205-231 y 853; GARCÍA, BUESO, 2015: 334; COLLADO, 2018: 192-196). Se trata de unas espadas de origen transpirenaico muy características de la Meseta de las que se conocen varios subtipos como son Arcachon,

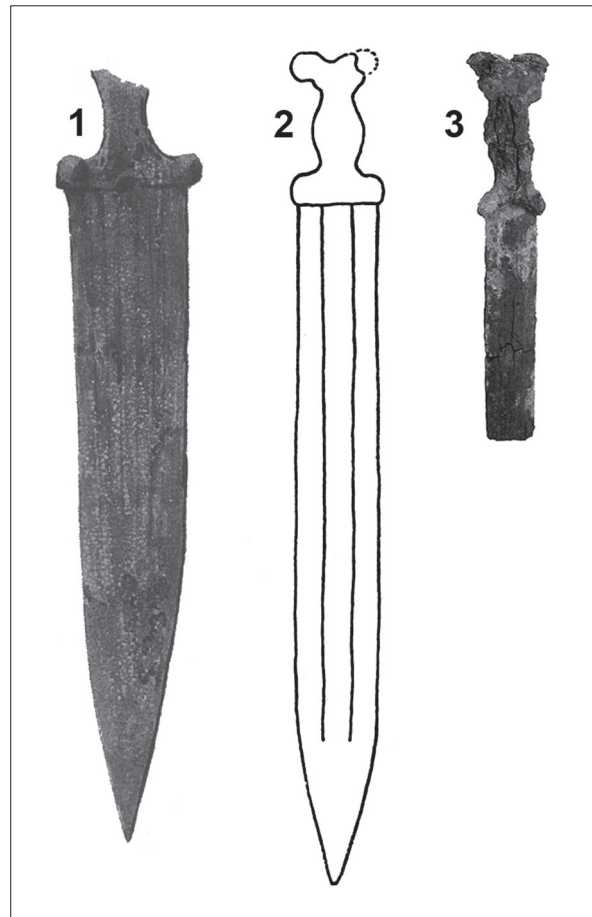


Fig. 9: Villaricos: 1- espada de frontón tumba 52; antenas atrofiadas tumba 63; 3- antenas atrofiadas tumba 190 (Fuente: Siret, Astruc, García Alonso, Bueso Manzananas).

Echauri, Aguilar de Anguita, Alcácer do Sal, Atance y Arcóbriga, siendo prolíficos los casos de hibridación puesto que se descubren ejemplares que no coinciden plenamente con ninguno de estos grupos. Con una hoja recta puntiaguda de dos filos, muestra un pomo con forma de antenas atrofiadas, siendo su longitud corta al medir entre 40-45 cm, con una media de 42,1 cm, así como una hoja con una media de 31,4 cm, la cual resulta apta para combatir a pie, pudiendo apreciarse cómo los modelos hispanos son algo más reducidos que los originarios del mediodía francés.

Las espadas de hierro de La Téne son una creación celta que llega a estas latitudes a partir del siglo VII a. C. Los ejemplares documentados en esta necrópolis almeriense ascienden a seis, todos fragmentados en mayor o menor medida (Fig. 10) Una de ellas pertenece al tipo B1 de García Jiménez (2011: n° 1157) y fue hallada en la sepultura 174 con restos de su vaina de metal, otras dos del tipo Quesada VIIC de las tumbas 394 y 1080 (GARCÍA JIMÉNEZ, 2011: n° 1158-1159), en tanto del hipogeo 556 proviene otra del tipo IA (GARCÍA JIMÉNEZ, 2011: n° 1154) y dos más aparecieron en el hipogeo 560, una del tipo D1.2 de García Jiménez que conservaba fragmentos de su vaina metálica y que se ha sugerido procedería del noroeste (2011: n° 1155-1156), así como otra del tipo Quesada VIIC (QUESADA, 1997a: 853), donde una de ellas conservaba

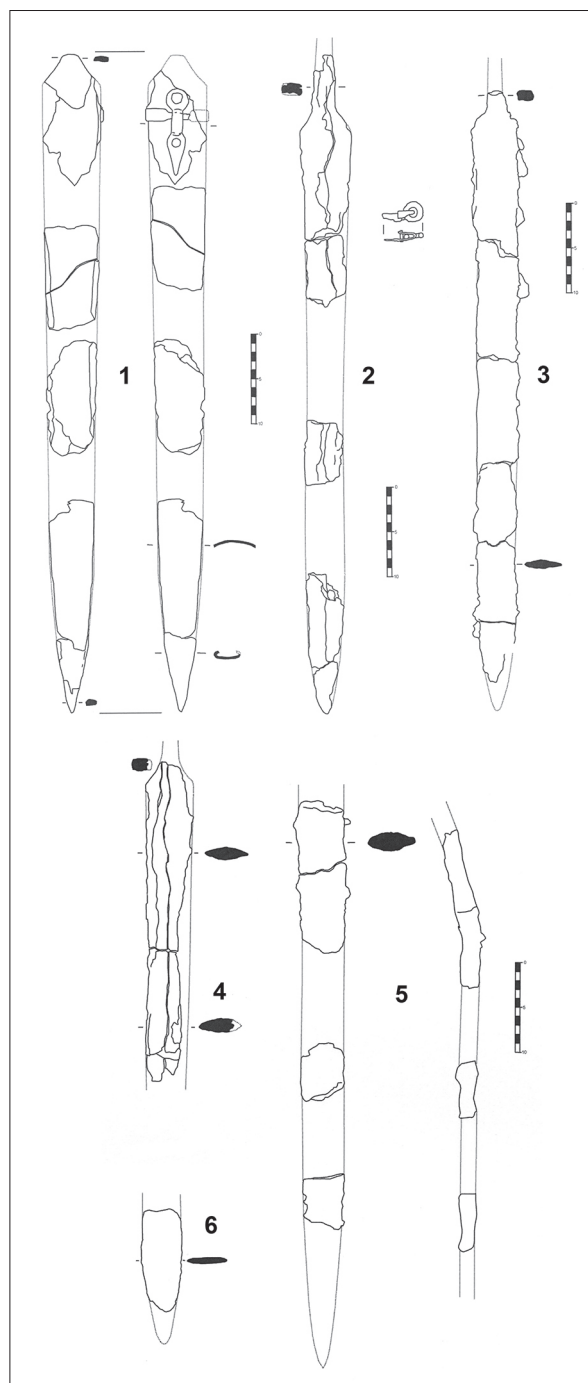


Fig. 10: *Espadas de La Téne de Villaricos*: 1- tumba 174; 2- tumba 398; 3- tumba 1080; 4- hipogeo 556; 5/6- hipogeo 560 (Fuente: García Jiménez).

una longitud de 52 cm (ALMAGRO, 1984: 45 y 65). Con empuñadura de espiga y hojas rectas de dos filos a cuatro mesas de sección romboidal sin acanaladuras, son por lo general espadas largas aunque también hay ejemplares de hoja más corta (QUESADA, 1997a: 243), siendo útil para golpear tanto con su punta como con sus laterales, siendo así que en la actualidad se considera que fueron estas armas elaboradas ya en la Península Ibérica las que dieron origen al célebre *gladius hispanienses* de los romanos (QUESADA, 1997a: 243-250 y 260-264; COLLADO, 2018: 198-201). Estas espadas resultan ser las de mayor longi-

tud de todas las conocidas en estos yacimientos fenicios y, a diferencia de las anteriores, se llevaba colgada de la cintura dentro de una vaina (LEJARS, 2007: 159-164).

3.1.2. ARMAS CON ASTA

Debemos diferenciar entre las más pesadas que fueron empleadas para ser asidas durante el combate y aquellas que se empleaban como armas arrojadas. Se han exhumado un total de 62 ejemplares de este tipo de armas, de los que 46 corresponden a lanzas, otros 15 son *soliferea* y uno más de un posible *pilum*, a los que habría que sumar un regatón que debió acompañar a otro ejemplar no localizado (Fig. 11). Entre las primeras cabe hacer mención al taller alfarero del Cerro del Villar que se data en la primera mitad del siglo VI a. C. y donde se exhumó un fragmento de una punta de lanza, o más propiamente moharra, fabricada en hierro como todas las restantes que hallamos en estos yacimientos (AUBET *et alii*, 1999: 156). Con una fecha similar en la tumba de calle Jinetes en Málaga apareció otra punta del tipo IIC, variante IIIB de Quesada (QUESADA, GARCÍA, 2018: 146) con unos 30 cm de longitud y cuya longitud total sería de 2,75 m, la cual mostraba un cubo hueco para el empuñe hecho con madera de nogal o boj y un aspecto pesado que ha llevado a algunos autores a considerar que debió estar destinada para el combate cuerpo a cuerpo (QUESADA, GARCÍA, 2018: 146-147). Así mismo, el hipogeo de Almuñécar suministró otro ejemplar al parecer de hierro pero del que nada se sabe (GARCÍA SERRANO, 1976: 685). A estos materiales podemos sumar 43 lanzas de la necrópolis almeriense de las que para 38 no resulta factible establecer sus características (QUESADA, 1997a: 896). Éstas se distribuyen como sigue: tumba 443 del grupo C donde se hallaron dos lanzas (ASTRUC, 1951: 38), 615, 662, 911 y 995 del grupo E, las tres últimas con dos ejemplares cada una (ASTRUC, 1951: 45 y 48), núms. 12 que ha sido considerada como romana de inicios del alto imperio (QUESADA, 1997a: 896), 43, 48 y 50 cada una con dos piezas, 51, 58, 63, 65 (dos lanzas), 122, 201, 205, 348, 356, 389, 1669 (tres lanzas) y 1691 (también con tres lanzas) del grupo I (ASTRUC, 1951: 61-62), además de las sepulturas 287/13, 407/11, 414/11, 693/9, 774 y 1685 (dos lanzas) del grupo J (Astruc, 1951: 77-78). A ellas podemos añadir otra del hipogeo 5, una más del 556 y otras dos del 560 (ALMAGRO, 1984: 64 y 91; QUESADA, 1997a: 896). Es de señalar la decoración mediante un damasquinado de plata que ofrece la parte del cubo conservada de uno de estos ejemplares (tumba núm. 63), en tanto otra presenta en su superficie sendos hilos de bronce -núm. 65- (SIRET, 1985: 82; QUESADA, 1997a: 422).

Además, el hipogeo núm. 5 de Villaricos proporcionó parte de la base de un *pilum* de hierro que ha sido valorado como dudoso (QUESADA, 1997a: 333 y 865), y que su excavadora consideró como un posible regatón (ALMAGRO, 1984: 91). También resulta ser único el regatón férreo de la tumba 51 de grupo I de Astruc (1951: 61; SIRET, lám. XIX, 6). Respecto a los 15 *soliferea* que es posible constatar en esta necrópolis podemos hacer mención a los de las sepulturas 443 del grupo C de Astruc con una longitud de unos 2 m (ASTRUC, 1951: 38), 54, 715 bis, 911 y 995 del grupo E (ASTRUC, 1951: 46 y 48), 394 del grupo F (ASTRUC, 1951: 51), 52, 63, 205, 1669 y 1691 del grupo



Fig. 11: Armas de astil: 1- Cerro del Villar, 2- Málaga; 3- tumba 51 Villaricos, 4- tumba 48, 5/6- tumba 65, 7/8- hipogeo 560, 9- hipogeo 556, 10/11- hipogeo 5, 12- hipogeo 556 (Fuente: Aubet Semmler, Quesada Sanz, Siret, Almagro Gorbea).

I (ASTRUC, 1951: 61), así como las núms. 410, 693/9 y 1685 del grupo J (ASTRUC, 1951: 78) y el hipogeo 560 (ALMAGRO, 1984: 45).

Estas lanzas pesadas suelen mostrar una nervadura central con un astil de madera hasta alcanzar los 2 m de longitud como media, a las que se suele añadir un regatón que, además de proporcionarle estabilidad, servía para evitar roturas en el extremo de la lanza e incluso como punta afilada si era necesario (COLLADO, 2018: 215). Se ha planteado que el origen último de estas lanzas pesadas nervadas debe buscarse en el Mediterráneo oriental, y más concretamente, en la isla de Chipre llegando a la península merced a las navegaciones fenicias (QUESADA *et alii*, 2014: 358). Por su parte el *pilum* es un arma arrojada cuyo origen todavía es discutido aunque se apunta al sur de Francia, el cual se caracteriza por presentar una

punta metálica anormalmente larga y un astil de madera. Se estima que podía alcanzar hasta 25 m de distancia y que a unos cuantos metros era capaz de perforar un escudo (QUESADA, 1997a: 325-342). Otras armas arrojadas mencionadas son los *soliferra* cuyo origen parece situarse en la zona de Languedoc/Aquitania, con la diferencia respecto a la anterior de que en esta ocasión eran metálicas en su totalidad ya que la punta y el astil eran una sola pieza elaborada en hierro forjado y, en alguna ocasión, en acero. Con puntas de aletas de varias formas con una gran capacidad de penetración, a veces se las dotaba de arpones para dificultar su extracción. Se estima que alcanzarían una distancia de entre 25 y 30 m al ser muy ligeras, puesto que apenas pesaban 800 g. Miden unos 2 m aun cuando algunas llegan a alcanzar los 2,23 m, con una empuñadura engrosada situada en su centro recubierta de algún ele-

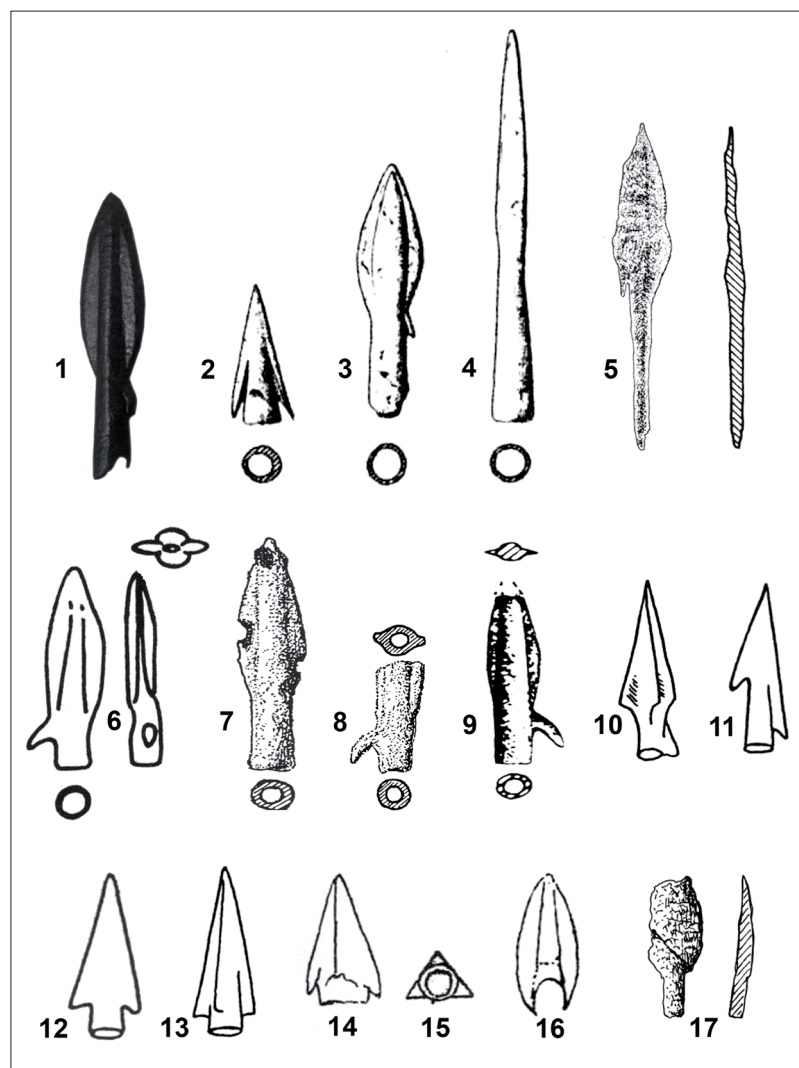


Fig. 12: Puntas de flecha: 1- Puerto 19, 2/4- Cerro del Prado, 5- Cerro del Villar; 6- Málaga, 7/9- Tocanos, 10- tumba 436 Villaricos, 11- tumba 414, 11, 12- tumba 777, 13- tumba 277, 2, 14/16- santuario Villaricos (Fuente: Ulreich, Arribas, Arteaga, Gran-Aymerich, Schubart, Mass-Lindemann, Siret, Astruc).

mento vegetal para facilitar su agarre (QUESADA, 1997a: 315 y 324; COLLADO, 2018: 218).

3.1.3. PUNTAS DE FLECHA

Podemos sumar 20 puntas de flechas entre las que podemos diferenciar varios grupos (Fig. 12). De un lado cabe hacer mención a las de pedúnculo con tres piezas de las que una de ellas fabricada en bronce fue recogida en superficie y procede del Cerro del Villar (ARRIBAS, ARTEAGA, 1975: 101), en tanto otra de hierro apareció en la cisterna del santuario de Villaricos y una última en el del hipogeo 5, mostrando una hoja plana y espiga (ALMAGRO, 1984: 91). A ellas podemos sumar otra afilada del Cerro del Prado (ULREICH *et alii*, 1990: 239-240), y otra de aletas del santuario de Villaricos (SIRET, 1985: 455; LÓPEZ, 2005: 14). No obstante, las más abundantes, con 15 ejemplares, son las denominadas “de anzuelo y doble filo”, “á barbillon”, “de arpón” o “puntas de flecha de época orientalizante”, e inclusive también “tipo Macalón” o “tipo Benamejí” (GARCÍA GUINEA, 1967: 72-74; MESEGUER, 1974: 72).

Hasta el momento las más antiguas pueden datarse en el siglo VII a. C., procedentes del poblado de Toscanos donde se recogieron tres ejemplares, dos de ellas de los niveles superficiales correspondientes al tipo 11a y la restante en la casa H del tipo 11b (SCHUBART, NIEMEYER, 1969: 212; SCHUBART, MAASS-LINDEMANN, 1984: 149-151). A éstas podemos sumar otra punta del Castillo de Doña Blanca cuya tipología no se precisa (QUESADA, 1997a: 442) y dos más de Cerro del Prado, una de ellas del tipo 11a y otra del 31 (ULREICH *et alii*, 1990: 239-240), así como la hallada en Málaga del tipo 11a fechada entre los siglos VI-V a. C. (GRAN-AYMERICH, 1991: 250-251). En Cádiz apareció otra punta de tipología imprecisa en la zona donde se situaría el templo de Melqart con una fecha entre el 650 y el 500 a. C. (FERRER, 1994: 45), y alguna factoría de salazones cercana como es la denominada Puerto 19 con otra flecha del tipo 11a de los siglos IV-III a. C. de la que se ha sugerido que habría sido empleada como arpón para actividades pesqueras (GUTIÉRREZ, GILES, 2004: 140-141). También se ha publicado una punta de flecha cuyo tipo no se indica de la fase B2 de Morro de Mezquitilla datada en el siglo VI a. C., cuya composición estaba formada por un 89,07% de cobre, un 9,99% de estaño y un 0,65% de plomo (MANSEL, 2000: 613). De Villaricos proceden seis puntas de este tipo, las cuales se localizan en las tumbas 436 del grupo A perteneciente al tipo 42 y datada en el siglo VI a. C. (ASTRUC, 1951: 22; FERRER, 1994: 46), las núms. 277/2 del tipo 42, 414 del tipo 22 y 777 del tipo 31 que se adscriben al grupo J, datándose

la última de ellas en el siglo IV a. C. (ASTRUC, 1951: 78; FERRER, 1994: 46). Además, en la cisterna del santuario situado en la acrópolis se encontraron dos puntas más de bronce con triple filo que se han datado en el siglo III a. C. adscribibles a los tipos 22 y 42 (LÓPEZ CASTRO, 2005: 14-16).

Con un claro origen oriental en lo referente al ámbito peninsular, estas puntas de flecha parecen haber surgido, no obstante, en tierras escitas en el siglo VIII a. C. para una centuria más tarde difundirse por todo el Mediterráneo de las que un ejemplar procede de Nimrud con una fecha que se ha situado entre finales del siglo VIII o inicios del VII a. C. (MESEGUER, 1974: 83), siendo así que en el ámbito peninsular hispano se les otorga una fecha que comprende los siglos VII-VI a. C. con alguna posible perduración en el IV e incluso hasta el III a. C. (FERRER, 1996: 46; QUESADA, 1997a: 447-448; LÓPEZ, 2008: 18), y de las que el tipo más abundante en estos yacimientos es el 11a en concordancia con lo que cabría esperar (QUESADA, 1997a: 445). Fueron elaboradas en bronce con una longitud de entre 1 y 5 cm, aunque Siret habla de un ejem-

plar en hierro, mostrando dos, tres o hasta cuatro filos, con o sin arpon lateral. El empuñamiento se efectúa mediante un cubo hueco que a pesar de la diversidad de tipos tiene un diámetro homogéneo de 0,5/0,6 cm, al que a veces se incorpora un pasador para asegurar su fijación (FERRER, 1996: 49), de manera que muestran una clara diferencia respecto a las usadas por las poblaciones indígenas hasta la llegada de los fenicios que contaban con un pedúnculo que se insertaba en el astil (QUESADA, 1997a: 441). Algunas muestran un triple filo, aun cuando no es seguro que dicha circunstancia pueda ser considerada como un indicio cronológico fiable. Aunque en alguna ocasión se ha sugerido el posible papel de estas puntas como elementos premonetales (GONZÁLEZ, 1988: 427), es una hipótesis hoy prácticamente descartada (FERRER, 1995: 92-95). En realidad el arco fue un arma muy poco usada por las poblaciones autóctonas peninsulares. Además, hemos de tener presente que algunos autores han planteado otros posibles usos para estas flechas orientalizantes como serían la actividad cinegética (JIMÉNEZ, 2002: 243) o inclusive la piscícola (GUTIÉRREZ, GILES, 2004: 140). Las otras puntas de flecha de pedúnculo reflejan un tipo conocido en el ámbito peninsular desde épocas muy antiguas (KAISER, 2003: 80-81), si bien no debemos olvidar que también son conocidas en oriente (MAZAR, 2004: 119 y 123), por lo que resulta complicado establecer su posible origen.

3.1.4. GLANDES

Podemos hacer mención a un par de ejemplares del santuario de Villaricos (SIRET, 1985: 455). Con un tamaño que oscila entre los 4/5 cm y un peso de unos 40/70 g, muestran forma bicónica por lo general hechos en plomo, bronce o piedra. Aunque hay algunos más antiguos, suelen datarse entre los siglos II-I a. C. (QUESADA SANZ, 1997a: 476-479). En realidad no son muy abundantes en los yacimientos fenicios, pues fuera del ámbito geográfico que ahora nos ocupa solamente los hemos encontrado en los enclaves de Cartago y Mozia (GUBEL, 1992: 41; FAMÁ, 2006: fig. 52).

3.2. EL ARMAMENTO DEFENSIVO

Nos detendremos a continuación en repasar aquellos elementos que servían para la defensa personal, unos de carácter activo como pueden ser los escudos y otros pasivos entre los que podemos incluir los cascos y las corazas, siendo su número menor que el de las armas de carácter ofensivo como suele ser norma en los enclaves fenicios.

3.2.1. ESCUDOS

Es posible incluir hasta 14 ejemplares de los que 13 provienen de la necrópolis de Villaricos, siendo posible que a ellos podamos sumar otro de Málaga. Por regla general estos escudos almerienses han podido ser identificados bien a partir del hallazgo de las manillas metálicas que les servían para la sustentación o de sus umbos. Respecto al primer caso podemos recopilar hasta once manillas de hierro (Fig. 13), alguna con remaches de hierro y cobre que cabe vincular con otras tantas *caetras* ibéricas. Una proviene de la tumba 443 del grupo C de Astruc (1951: 38), las núms. 70 y 124 del grupo E (ASTRUC, 1951: 46) la primera de la cuales corresponde al tipo IIIA2 de Quesada (1997: 930). A ellas podemos sumar la sepultura 126 del grupo F

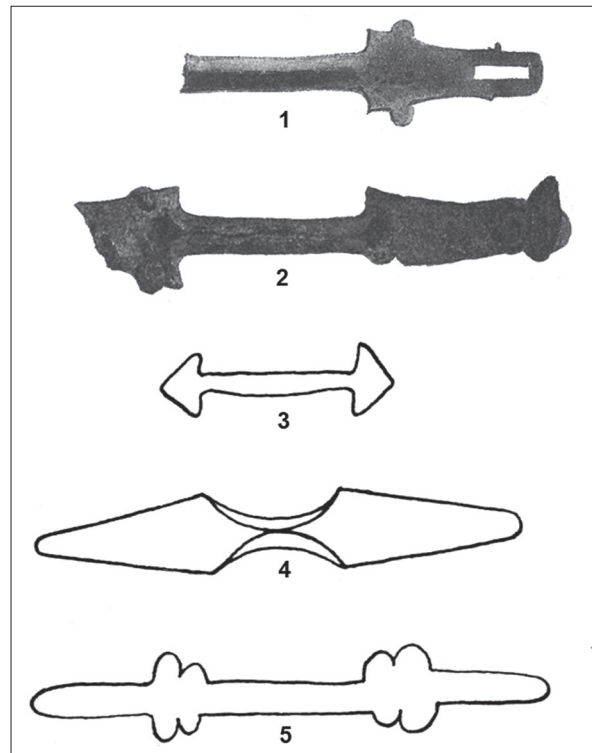


Fig. 13: Manillas de escudos circulares de Villaricos (Fuente: Siret, Astruc).

(ASTRUC, 1951: 51), 6 adscribible al tipo IIIA1, 122, 1669 y 1691 del grupo I (ASTRUC, 1951: 62; QUESADA, 1997a: 930), además de la 693/9 del grupo J (ASTRUC, 1951: 78), la 45 del grupo III de Siret (1985: 454) y el hipogeo 556 (ALMAGRO, 1984: 64; QUESADA, 1997a: 930). Un detalle muy interesante es que una de las manillas conservaba todavía restos de tejido, el cual muy posiblemente formaba parte de su almohadillado interno (SIRET, 1985: 83).

Por otro lado conocemos dos umbos de escudos meseteños de hierro (Fig. 14), uno de un ejemplar hallado en la tumba 48 del grupo III de Siret (1985: 459), perteneciente al tipo IIA de Quesada (1997: 511-512), con prolongaciones radiadas que corresponde también a un escudo tipo *caetra*. El otro es un umbo esta vez de un *scutum* oval bivalvo fusiforme proveniente del hipogeo 5 (ALMAGRO, 1984: 91; GARCÍA, QUESADA, 2014: 22), que cabe incluir dentro del tipo C3C de Quesada (1997a: 541) y A1 de García Jiménez (2011: 451), que se ha datado en torno al siglo IV a. C. (QUESADA, 2002-2003: 77).

Estas manillas pertenecen a unos escudos circulares o *caetras* que se conforman mediante un armazón de madera recubierto de cuero con forma cóncava por dentro y convexa al exterior, aun cuando también se conocen casos a la inversa, los cuales se agarran con una mano a una manilla metálica. Estos escudos redondos pueden mostrar en su centro unos umbos de diversa forma que, en esta ocasión, se configuran en forma radial para conseguir una mayor resistencia ante los golpes (CABRÉ, 1939-40: 57-59). Por su parte el umbo bivalvo, formado por dos conchas gemelas, corresponde a unos escudos ovales o *scutum* muy extendidos entre las poblaciones centroeuropeas, así como entre etruscos y romanos, los cuales eran mayores que las *caetras* con entre 70-150 cm de altura y 50-80 cm de ancho, alcanzando un peso de entre 4/6 kg. Tenían un cuer-

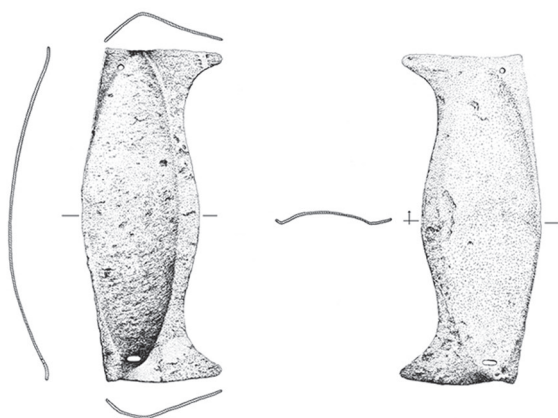
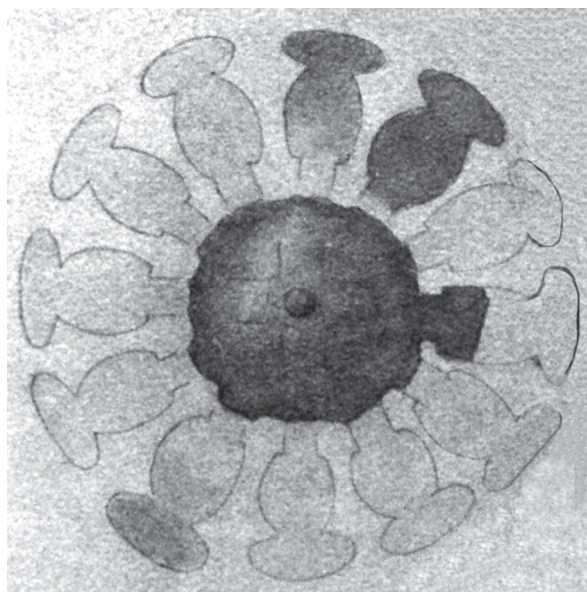


Fig. 14: Umbo de caetra de la tumba 48 y de scutum del hipogeo 5 de Villaricos (Fuente: Siret; Almagro Gorbéa).

po ovalado, ya sea plano o convexo, al que se adhería una manilla horizontal en su centro, así como un refuerzo longitudinal con el umbo metálico. Aunque el origen de estos escudos se localiza actualmente en Italia, por el contrario los umbos se vinculan con la cultura de La Tène, los cuales derivarán con el paso del tiempo en otros de una sola pieza y aletas (LEJARS, 2007: 164-167; GARCÍA, QUESADA, 2014: 22-25; COLLADO, 2018: 168).

En la sepultura malacitana se recogieron numerosos fragmentos que se han valorado como un posible *aspis* griego. Realizado con un alma de madera presentaba un borde de bronce decorado mediante un friso repujado con un diámetro máximo calculado de 1,23 m y un grosor de 1 mm (QUESADA, GARCÍA, 2018: 158-165). Ahora bien, debemos recordar que los mismos defensores de esta hipótesis no descartan que pudiera tratarse de otro tipo de pieza, como por ejemplo una bandeja metálica (QUESADA, GARCÍA, 2018: 173), si bien lo más importante es la no aparición del *pórpax*, lo que se ha pretendido explicar considerando que habría sido destruida con el fin de inutilizar ritualmente el escudo (DOMÍNGUEZ, 2018: 404).

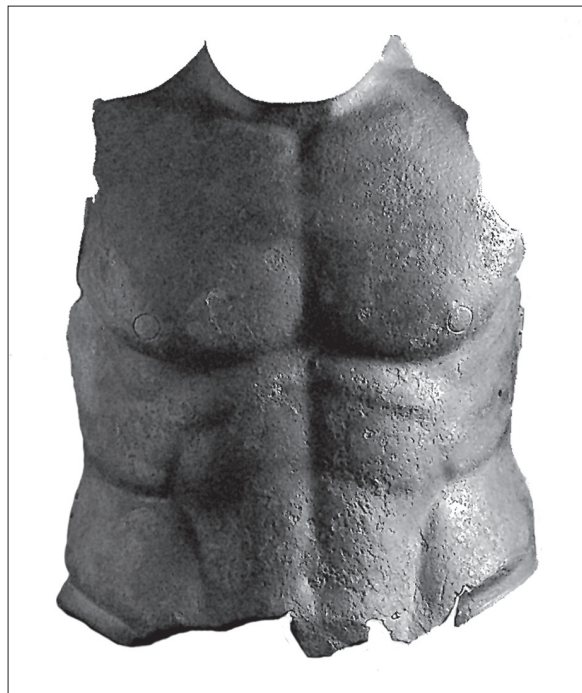


Fig. 15: Coraza musculada suritálica de la Cueva del Jarro (Fuente: Martín Ruiz).

3.2.2. CORAZAS

En aguas cercanas a Almuñécar, concretamente en la zona de la denominada Cueva del Jarro A, se recuperó la parte delantera incompleta de una coraza griega de bronce del tipo anatómico o musculado (Fig. 15) que se unía a la parte de la espalda mediante varias charnelas y anillas, con un peso de 8 a 10 kg. Su cronología ha sido largo tiempo discutida pues en un primer momento se dató en el siglo V a. C. (MALUQUER DE MOTES, 1974: 323), con posterioridad fue fechada en la segunda mitad del siglo VI a. C. al relacionarla con algunas ánforas que constituían el cargamento y que se datan en dicha centuria (RAMON, 1995: 77), en tanto más tarde otros autores postularon que dichas ánforas debían situarse entre los siglos IV-III a. C. (PARKER, 1992: 156). En la actualidad se tiende a considerarla como una obra confeccionada en un taller suritálico durante la segunda mitad del siglo IV a. C. (QUESADA, 1997a: 571; GRAELLS I FABREGAT, 2012: 534; 2014: 167-168).

Por otro lado se ha defendido que las dos varillas de plata halladas en la sepultura malacitana formarían parte de una coraza del tipo *cardiophylas* (TORELLI, 2018: 21). Sin embargo, la interpretación de estos artefactos dista mucho de estar consensuada ya que son varias las hipótesis sugeridas que incluyen su uso como varillas para un papiro (NÚÑEZ, 2018: 234-237), por lo que preferimos no considerarla como tal.

3.2.3. CASCOS

Siete son los cascos que podemos incluir (Fig. 16), de los que seis corresponden a fragmentos de un mismo tipo como es el Montefortino, todos ellos hallados en Villaricos. El otro fue encontrado en la tumba malagueña y se trata de un casco corintio de bronce del tipo Lotusblüten-Gruppe o Stufe II casi completo que se ha sugerido sería obra de

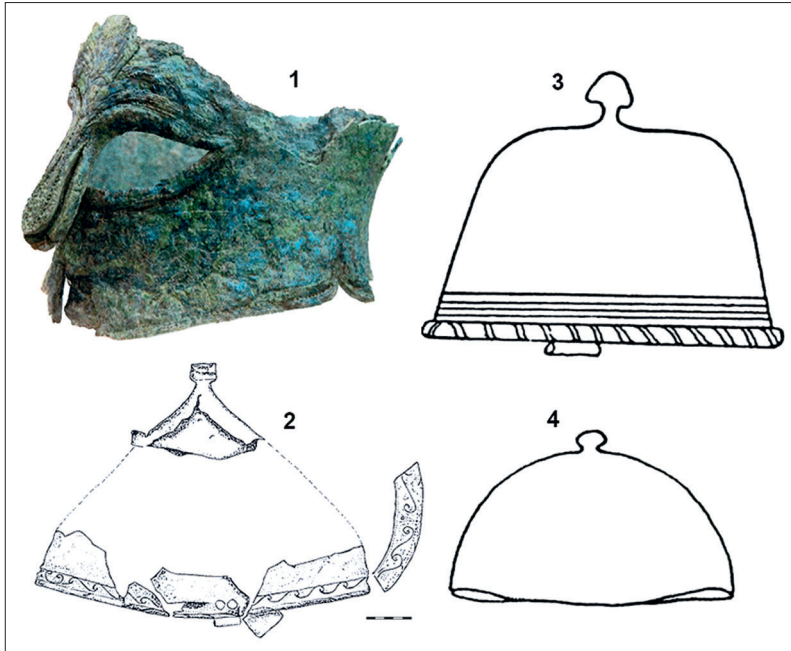


Fig. 16: 1- casco corintio de Málaga, 2- casco Montefortino del santuario de Villaricos, 3- tumba 560 de Villaricos, 4- tumba 1080/13 de Villaricos (Quesada Sanz, Siret, Astruc).

talleres suritálicos, con una fecha en torno a la primera mitad del siglo VI a. C. o algo después (QUESADA, GARCÍA, 2018: 217), que otros autores precisan en el tercer cuarto de dicha centuria (TORELLI, 2018: 23). Elaborado con un bronce binario con escaso estaño muestra una decoración en la que vemos una palmeta sobre el protector nasal, en tanto en los laterales se grabaron dos águilas con las alas desplegadas a cada lado acompañadas de otras tantas palmetas suponiéndose que llevaría un penacho o cresta (RODRÍGUEZ, NÚÑEZ, 2015: 134-140).

Como dijimos de Villaricos proceden fragmentos de seis cascos Montefortinos a los que se ha asignado una fecha de la segunda mitad del siglo III o inicios del II a. C. (QUESADA, 1997b: 160). En el santuario se halló parte de un ejemplar bronceo con botón cilíndrico liso en el que el borde inferior y el guardanucas se decoran con un doble friso de ovas pudiendo incluirse en el tipo IA (ABÁSULO,

PÉREZ, 1980: 104; GARCÍA-MAURIÑO, 1993: 120; LÓPEZ, 2005: 15; MAZZOLI, 2016: 127). De la necrópolis proceden otros tres sin un contexto preciso (GARCÍA-MAURIÑO, 1993: 121-122; MAZZOLI, 2016: 127), así como dos más que fueron hallados en el grupo J de Astruc (1951: 78) en las tumbas 560, tal vez del tipo A con el borde inferior decorado con incisiones y líneas (ABÁSULO, PÉREZ, 1980: 104; GARCÍA-MAURIÑO, 1993: 121) y 1080/13 al que le falta la parte inferior y que quizás se incluya en el tipo B (ASTRUC, 1951: 78; ABÁSULO, PÉREZ, 1980: 104: 104-105; GARCÍA-MAURIÑO, 1993: 121-123; MAZZOLI, 2016: 128). Estos cascos italoceLTÍcos surgen en el siglo IV a. C. con una forma semiesférica elaborados con una sola lámina mostrando un pequeño guardanucas y un remate en forma de botón en su parte superior, a veces perforado para decorarlo con crines o penachos, sujetándose mediante un barboquejo de cuero con unas carrilleras que en el ámbito ibérico no aparecen (QUESADA,

1997a: 554-560).

4. ANÁLISIS DEL ARMAMENTO

En estos yacimientos fenicios occidentales se han documentado hasta el momento 156 artefactos que podemos vincular con el ámbito bélico, admitiendo como tal el escudo malacitano pero sin hacer lo propio con la supuesta coraza *cardiophylax*. De ellos 134, lo que supone un 85,90%, son piezas que pueden incluirse entre las armas ofensivas, de manera que se muestra en la misma tónica que otras áreas del Mediterráneo central donde también son mayoritarias como vimos (BARTOLONI, 1988: 160), en tanto las restantes 22 (14,10%) serían de carácter defensivo. Entre las primeras podemos incluir 49 espadas, 62 armas largas con asta, un regatón, 20 puntas de flecha y dos gandes, mientras que las segundas comprenden 14 escudos, 7 cascos y una coraza (Fig. 17).

En función de los diversos grupos establecidos vemos cómo existen hasta ocho clases de armas. Las más abundantes son las de asta con 62 piezas (39,75%) con 46 lanzas, un *pilum* y una quincena de *soliferra*. Le siguen las espadas con 49 ejemplares (31,42%) de las que 30 son falcatas, dos de frontón, otras tantas de antenas atrofiadas, media docena más de La Tène y las últimas 9 de tipología imprecisa. En tercer lugar se sitúan las 20 puntas de flecha con un 12,82% de las que una quincena son de arpón, y tras ellas los escudos con 14 ejemplares (8,97%) de los que 11 corresponden a *caetras*, otro posible circular y un *scutum*. Menos cifras ofrecen los 7 cascos (4,48%), uno corintio y los restantes Montefortinos, los dos

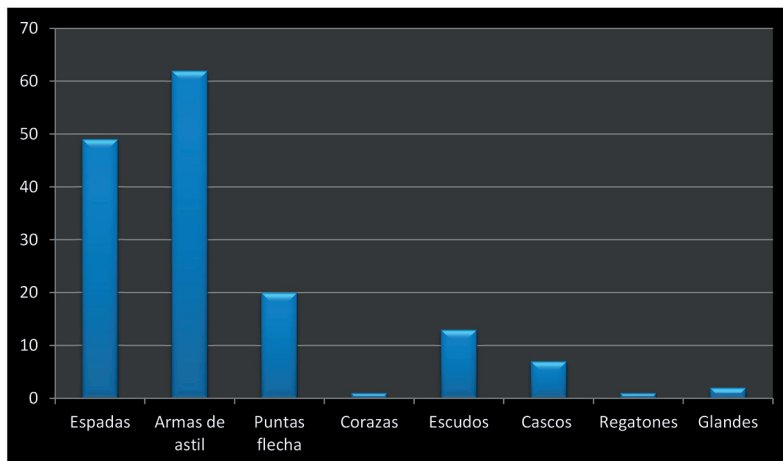


Fig. 17: Gráfico del armamento hallado en los yacimientos (Fuente: elaboración propia).

Yacimiento	Espadas	Armas astil	Regatones	Puntas flecha	Glandes	Corazas	Escudos	Cascos
Cádiz				*				
Factoría P19				*				
Cerro del Prado				*				
Castillo de Doña Blanca				*				
Cerro del Villar		*		*				
Málaga		*		*			*	*
Toscanos				*				
Morro de Mezquitilla				*				
Almuñécar	*	*						
Cueva del Jarro						*		
Villaricos	*	*	*	*	*		*	*

Fig. 18: Distribución de los grupos de armas en función de los yacimientos (Fuente: elaboración propia).

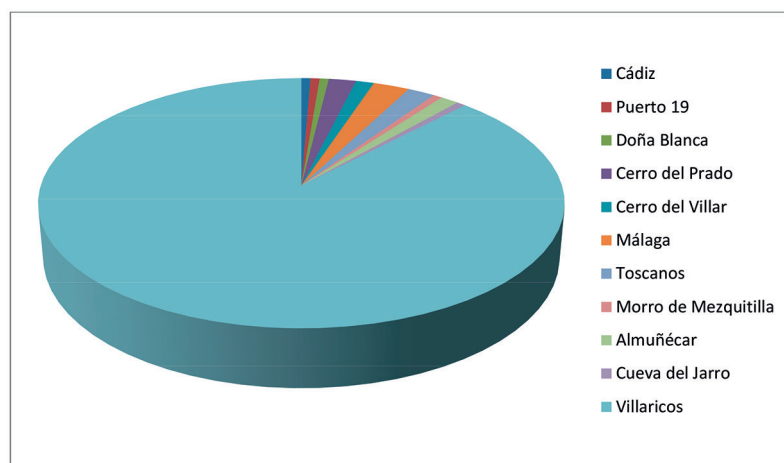


Fig. 19: Gráfico de las armas halladas en los yacimientos (Fuente: elaboración propia)

glandes (1,28%), el regatón (0,64%) y la coraza con otro 0,64%.

El que la lanza pesada sea el arma más representada no resulta en modo alguno inusual, ya que fue la más difundida y utilizada para el combate no solamente en la Península Ibérica (QUESADA, 1997a: 421; COLLADO, 2018: 216), sino en todo el Mediterráneo, pudiendo constatarse en el ámbito fenicio los casos de Bitia y Mozia donde resulta ser también mayoritaria (BOTTO, 1996: 137; TUSA, 2012: 133). No obstante, en algunas tumbas, como la 443 del grupo C y la 995 del grupo E (ASTRUC, 1951: 38 y 55), aparecen dos lanzas y en el hipogeo 560 hasta tres lanzas y un *soliferreum* (ALMAGRO, 1984: 45), de manera que

vemos cómo junto a estas lanzas pesadas aparecen otras para ser lanzadas a modo de jabalinas (QUESADA, 1997a: 609), aun cuando en lo concerniente al hipogeo no es seguro que formaran parte de un mismo conjunto. Su uso, junto a la preeminencia de espadas cortas, responde a una modalidad de combate que ha sido calificada como heroica en la que los contendientes luchan frente a frente y donde la lanza pesada constituye el arma más destacada (QUESADA, 2002: 37-38). Dicha arma tenía también un componente ideológico en el mundo fenicio, puesto que era la empleada por algunos dioses para acabar con seres monstruosos según reflejan una escultura gaditana del siglo VI a. C. y un cipo proveniente de Tharros (ALMAGRO-GORBEA, TORRES, 2010: 57-60), siendo llamativo el escaso número de regatones documentados sobre todo al ser la lanza el arma más difundida. El que casi no se conozcan arreos de caballos con la salvedad de un cabezal del santuario de Villaricos del siglo III a. C. (LÓPEZ, 2008: 13), nos hacen pensar que estas armas fueron utilizadas por infantes aunque las espadas de La Téne quizás avalen su existencia en los últimos siglos antes del cambio de era. Incluso la aparición de tres brocales de carro como el bronce Carriazo y los dos del Metropolitan Museum de Nueva York no se relacionan con actividades bélicas sino como elementos de uso aristocrático (JIMÉNEZ, MEDEROS, 2020: 58-75).

Estas armas se reparten por once yacimientos (Figs. 18-19) como son las zonas de hábitat de Castillo de Doña Blanca con una punta de flecha (0,64%), la factoría de salazones Puerto 19 con idéntico registro y porcentaje, Cerro del Prado con tres de estos ítems (1,92%), Cerro del Villar que facilitó una punta de lanza y otra de flecha (1,28%), Málaga con una flecha, un casco, una lanza y un posible escudo (2,57%), Toscanos donde se recogieron tres flechas (1,92%) y Morro de

Mezquitilla con solo una (0,64%). Junto a ellos podemos hacer mención a los santuarios de Cádiz con otra punta de flecha (0,64%) y Villaricos, así como a dos puntos de enterramiento: Almuñécar con una espada y una lanza (1,28%), y de nuevo Villaricos, junto con el pecio de la Cueva del Jarro con una coraza (0,65%). No obstante, la gran mayoría de las armas se localizan en la necrópolis de Villaricos que sumadas a las de su santuario alcanzan nada menos que el 87,83% del total de armamento recuperado en estas colonias. De aquí proceden 48 espadas, 59 armas de astil, 13 escudos, 8 puntas de flecha, media docena de cascos, dos glandes y un regatón, lo que representa 137 piezas.

A pesar de que los enterramientos son contextos ideales para establecer las diversas panoplias (GRAELLS I FA-

BREGAT, 2014: 29), la dificultad que hay para establecer la cronología imposibilita establecer su existencia como se ha realizado en otros territorios. De hecho, apenas podemos precisar la datación de unas cuantas tumbas de Villaricos con armas, como la núm. 48 que facilitó una falcata y que gracias a la crátera de campana que la acompañaba se sitúa en el siglo IV a. C. (TRÍAS DE ARRIBAS, 1967: 440). Merced de nuevo a la presencia de cerámica helena podemos indicar que la espada de antenas atrofiadas de la sepultura 52 se emplazaría en la misma centuria (TRÍAS DE ARRIBAS, 1967: 442). Por su parte algunas joyas han permitido datar la falcata de la núm. 51 entre los siglos IV-III a. C. y la de frontón de la 52 en el siglo IV a. C. (ALMAGRO, 1986: 91). Así mismo, los restos anfóricos del hipogeo 5 se fechan a fines del siglo III o en el II a. C. (RAMÓN, 1995: 74), lo que hace que parezca plausible situar en ese momento una lanza, el pilum, una punta de flecha pedunculada y el escudo oval, si bien este último ha sido datado en el siglo IV a. C. como ya vimos. Además, a tenor de los datos aportados por algunos autores, una falcata procedente de una tumba cuya numeración ignoramos se dataría en el siglo I a. C., e incluso la hallada en la tumba núm. 124 lo haría en una centuria más tarde (SANDERS, 1913: 248; ASTRUC, 1951: 46; QUESADA, 1997a: 82-83). Aunque la reutilización de sepulturas es un hecho constatado en este enclave, como sucede con los hipogeos, la incineración 124 parece que corresponde a un único enterramiento por lo que quizás deba aceptarse la existencia de un período de amortización. En tal caso también serían de la misma data una espada de tipología indeterminada y una manilla de escudo. Así mismo, las dos espadas de La Tène, junto con dos lanzas y un *soliferreum* del hipogeo 560 se han datado entre mediados del siglo III y el II a. C. (GARCÍA JIMÉNEZ, 2011: 1150). Por su parte la lanza, casco corintio y posible escudo malacitanos se sitúan en el siglo VI a. C. En este sentido resulta interesante comprobar que esta misma asociación la encontramos reflejada en una placa de marfil de Bencarrón, así como en los discos cerámicos del Cerro del Villar, Puig des Molins o Cartago, además de otros fragmentados de Útica y Tharros (ARRIBAS, ARTEAGA, 1975: 89-90; BLÁZQUEZ, 1966: 101-103; PARROT *et alii*, 1975: 191; PISANO, 1996: 921), los cuales han sido datados en esa misma centuria (Fig. 20), por lo que da la impresión de ser una asociación bélica difundida entre los fenicios de época arcaica.

En consecuencia, durante los siglos VII-VI a. C. podemos advertir la presencia de puntas de flechas, lanzas, escudos circulares y cascos corintios, estos últimos siguiendo la tónica establecida para los primeros cascos llegados a la Península Ibérica en época arcaica pues resultan ser todos corintios (JIMÉNEZ, 2002: 236). Para los siglos V-IV a. C. nos encontramos con que la cronología de las falcatas resulta difícil de precisar, si bien no parece descartable la posibilidad de que alguna de ellas pudiera datarse en la segunda mitad del siglo V a. C. (QUESADA, 1997a: 81), aunque las que hemos podido datar no van más allá del IV a. C. al igual que sucede con las espadas de antenas atrofiadas, el escudo oval, las puntas de flecha y la coraza, debiendo recordarse que las espadas de frontón desaparecen en el siglo IV a. C. (QUESADA, 1997a: 178), a las que podemos sumar las puntas de flecha y las armas de asta. Por último, entre los siglos III-I a. C. se encuentra puntas de flecha, espadas de La Tène, lanzas, gandes y cascos

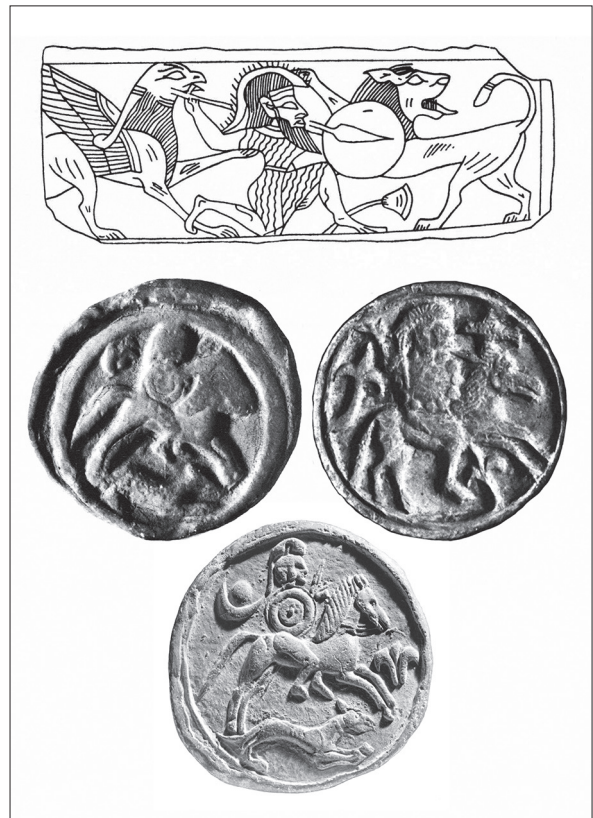


Fig. 20: Placa de marfil de Bencarrón y discos cerámicos de Cerro del Villar, Ibiza y Cartago (Fuente: Aubet, Arribas, Arteaga, Blázquez, Parrot et alii).

Montefortinos, siendo así que alguna lanza podría fecharse en los inicios del imperio, y quizás alguna falcata y caetra. No obstante, sería conveniente que nuevos hallazgos permitieran discernir mejor esta evolución dada la escasez de información actual.

Como hemos podido comprobar estos yacimientos han facilitado armas que, en función de su tipología, corresponden a diversos ámbitos culturales y donde los adscribibles al propio repertorio armamentístico fenicio no son los predominantes. De hecho estos últimos quedan reducidos a las puntas de flecha orientalizantes junto tal vez con las pedunculadas, sin que quepa descartar que algunas lanzas, particularmente las nervadas, pudieran considerarse como fenicias aun cuando ciertamente por su cronología también podrían tratarse de piezas elaboradas por metalúrgicos iberos. Otros dos nos remiten al ámbito griego suritalico como acontece con el casco corintio y la coraza anatómica. A ellos podemos agregar una serie de ítems de origen meseteño como serían las espadas de antenas atrofiadas y de La Tène, junto con los umbos de escudos. Así mismo es factible detenerse en otros elementos que pueden considerarse como manifestaciones originarias de la península itálica, caso de los cascos Montefortinos. Pero sin lugar a dudas son las producciones atribuidas al mundo ibérico las más abundantes con las falcatas, espadas de frontón, *soliferrea*, escudos y tal vez algunas lanzas, sin que en un buen número de objetos sea factible establecer su posible zona de fabricación.

En tal sentido se ha defendido el papel que la antigua Baria habría jugado como centro de contratación de estos

guerreros a sueldo desde el siglo V a. C. (GRAELLS I FABREGAT, 2014: 47 y 215). Pensamos que tal circunstancia se explica por la presencia de una comunidad ibérica estable que convivía con los fenicios como queda claramente de manifiesto en los enterramientos indígenas documentados (CANO, 2004: 20-25; FARISELLI, 2013: 70), y de donde podían salir combatientes a sueldo a los que podían sumarse otros llegados de diversos ámbitos peninsulares, pues junto con este componente poblacional ibérico no cabe descartar presencia de mercenarios meseteños (QUESADA, 2002-2003: 79). Así mismo, la aparición de los cascos Montefortinos ha sido puesta en relación con mercenarios al servicio de los cartagineses (QUESADA, 1997b: 155-156). Esta hipótesis podría explicar esta concentración tan variopinta de armamento de diversa procedencia, pues además se muestra acorde con lo indicado en las fuentes según las cuales los cartagineses contaron ya desde el siglo V a. C. con estos mercenarios cuya actividad perduró hasta la derrota definitiva de los ejércitos norteafricanos frente a Roma a finales del siglo III a. C. Además, no desentona tampoco con la cronología de estos objetos dado que muy pocas armas se datan con anterioridad (CANO, 2004: 25).

Precisamente es Villaricos el único enclave que ha ofrecido ejemplos paleoantropológicos del uso de armas, y que algunos autores han puesto en relación con la conquista de la ciudad por los romanos durante la II Guerra Púnica. Tal sucede con los individuos inhumados localizados en la tumba 62 donde uno de ellos mostraba un tajo de un arma de filo que cortó uno de sus pabellones auditivos cuando ya había fallecido (GÓMEZ, 1996: 221-223). También en la zona de hábitat se detectó la existencia de un nivel de incendio datado entre finales del siglo III e inicios del II a. C. que se considera refleja el momento del ataque romano (MARTÍNEZ, 2012: 49-52).

Se ha aducido que la coraza de la Cueva del Jarro responde a un mercenario campano o hispano que viajaba en el navío hundido, pero descartando que pudiera explicarse mediante una actividad comercial (MALUQUER DE MOTES, 1974: 327; GRAELLS I FABREGAT, 2014: 169), algo que pensamos no debería obviarse por completo. Del mismo modo la tumba malagueña ha sido valorada como la última morada de un mercenario heleno, e incluso de un jefe de mercenarios, para lo que además del armamento se han argüido otras cuestiones como que se localice aislada o la construcción de un perímetro amurallado en la ciudad, si bien se han presentado objeciones al considerar que no es descartable que se trate de un fenicio (MARTÍN, PÉREZ-MALUMBRES, 2021: 137-140).

5. CONCLUSIONES

Las armas procedentes de los enclaves fenicios localizados en el sur de la Península Ibérica no son muy abundantes al igual que acontece en otras zonas colonizadas por estos navegantes orientales, aun cuando hemos logrado reunir algo más de un centenar y medio de ítems relacionables con este hecho, sin que sepamos cuántas aparecieron en la tumba gaditana, las cuales se reparten por hasta once yacimientos. Sin embargo, el panorama se modifica drásticamente si de este cómputo excluimos el yacimiento de Villaricos, sin que proliferen en los restantes conocidos, aunque dicha anomalía parece responder a la presencia de

componentes poblacionales indígenas enterrados en dicho lugar, de tal forma que parece haber actuado como centro de contratación de mercenarios ya que también se han encontrado algunas armas de raigambre meseteña e itálica.

La mayor parte es de carácter ofensivo al igual que acontece en otros enclaves fenicios (TUSA, 2012: 138). Las más abundantes son las armas de astil con lanzas pesadas que fueron empleadas para el combate cuerpo a cuerpo, lo que no impide que también se hallen otras arrojadizas, seguidas de las espadas donde destacan las falcatas y en menor medida las de La Tène, de frontón y antenas, así como las puntas de flecha, los escudos en su mayor parte circulares aunque también hay alguno oval, los cascos Montefortinos y alguno corintio, los glandes y una única coraza, en este caso musculada. De las puntas de flecha tipo arpón se valora que pudieran haberse empleado no solamente para actividades cinegéticas, sino también pesqueras al haber aparecido alguna en una factoría de salazones de pescado. Todo este material bélico parece corresponder a infantes dada la escasez de restos que podamos relacionar con cabalgaduras, y sin que tampoco tengamos evidencias de la utilización de carros para el combate.

A pesar de las dificultades que existen a la hora de establecer una cronología para un elevado número de armas, hasta el presente no tenemos constancia de la existencia de las mismas con anterioridad al siglo VII a. C., las cuales quedan reducidas a unas cuantas puntas de flecha de tipología oriental, no siendo hasta una centuria más tarde cuando éstas aumenten y se diversifiquen con la presencia de cascos corintios, lanzas y escudos redondos, si bien la mayor parte se datan a partir del siglo V a. C. cuando aparecen las primeras espadas, tras lo cual vemos escudos circulares y ovales, junto a corazas. Por último llegarán los cascos Montefortinos, en tanto la aparición de algunas armas en épocas muy avanzadas se explicaría por la existencia de un proceso de amortización. Este armamento conforma un heterogéneo conjunto constituido por artefactos ibéricos, meseteños, helenos elaborados en talleres del sur de Italia, itálicos y fenicios, sin que estos últimos sean en absoluto los predominantes, sino que tal situación corresponde a los objetos ibéricos.

BIBLIOGRAFÍA

- ABÁSULO ÁLVAREZ, J. A., PÉREZ RODRÍGUEZ, F. (1980): "El casco céltico de Gorrita (Valladolid)", **Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología**, 46, pp. 93-118.
- ACQUARO, E. (2005): "Le armi della regalità nell'iconografia fenicio-púnica", en **Guerra Santa, guerra e pace dal Vicino Oriente antico alle tradizioni ebraica, cristiana e islamica**, editoriale Giuntina, Firenze, pp. 45-63.
- ALMAGRO GORBEA, M., TORRES ORTIZ, M. (2010): **La escultura fenicia en Hispania**, Real Academia de la Historia, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. J. (1984): **La necrópolis de Baria (Almería). Campañas de 1975-78**, Ministerio de Cultura, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. J. (1986): **Orfebrería fenicio-púnica del Museo Arqueológico Nacional**, MAN, Madrid.
- ARRIBAS, A., ARTEAGA, O. (1975): **El yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce (Málaga)**

ga), Universidad de Granada, Granada.

ASTRUC, M. (1951): **La necrópolis de Villaricos**, Ministerio de Educación Nacional, Madrid.

AUBET SEMMLER, M. E. (1980): "Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir (y III): Bencarrón, Santa Lucía y Setefilla", **Pyrenae. Revista de Prehistoria i Antiquitat de la Mediterrània**, 17-18, pp. 231-279.

AUBET SEMMLER, M. E. (2003): "El comercio fenicio en Homero", en **Estudios de Arqueología dedicados a la profesora Ana María Muñoz Amilibia**, Universidad de Murcia, Murcia, pp. 85-101.

AUBET, M. E., RUIZ, A., TRELLISÓ, L. (1999): "El taller alfarero de principios del siglo VI a. C.", en **Cerro del Villar I. El asentamiento fenicio en la desembocadura del río Guadalhorce y su interacción con el hinterland**, Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 149-156.

BARTOLONI, P. (1997): "L'esercito, la marina e la guerra", en **I fenici**, Bompiani, Milano, pp. 160-166.

BIKAI, P. M. (1978): **The pottery of Tyre**, Aris & Phillips, Warminster.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. (1966): "Dios jinete púnico sobre disco de Ibiza", **Zephyrus. Revista de Prehistoria y Arqueología**, XVII, pp. 101-103.

BOTTO, M. (1996): "Le armi", en **La necropoli di Bitia I**, CNR, Roma, pp. 137-144.

BUNNES, G. (1992): "Lulí", en **Dictionnaire de la civilisation phénicienne et punique**, Turnhout, Brepols, p. 266.

CABRÉ AGUILÓ, J. (1939-40): "La Caetra y el Scutum en Hispania durante la Segunda Edad del Hierro", **Boletín del Seminario de Arte y Arqueología**, 6, pp. 57-83.

CANO GARCÍA, J. A. (2004): "Una necrópolis ibérica en Baria, Villaricos (Almería)", **Axarquía**, 9, pp. 11-32.

CINTAS, P., JULLY, J. J. (1980): "Onze sépultures de la nécropole archaïque de Motye", **Cuadernos de Trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma**, XIV, pp. 31-52.

COLLADO HINAREJOS, B. (2018): **Guerreros de Iberia. La guerra antigua en la Península Ibérica**, La Esfera de los Libros, Madrid.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (2018): "El ritual funerario de la tumba del guerrero de Málaga en el contexto del siglo VI a. C.", en **La tumba del guerrero. Un enterramiento excepcional en la Málaga fenicia del siglo VI a. C.**, Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 395-420.

DOUMET, C. (1982): "Les tumbes IV et V de Rachidieh", **Annales d'Histoire et d'Archéologie**, 1, pp. 89-135.

FAMÀ, M. L. (2006): "Le armi di Mozia: una prima indagine d'insieme", en **Guerra e pace in Sicilia e nel Mediterraneo antico (VIII-III sec. a. C.)**, Edizione della Normale, Pisa, vol. I, pp. 243-253.

FARISELLI, A. C. (2003): "Gli armati nell'iconografia púnica", en **Trasmarinae imagines: studi sulla trasmissione di iconografie tra Mediterraneo ed Asia in età classica ed ellenistica**, editorial Agorá, Sarzana, pp. 85-109.

FARISELLI, A. C. (2006): "Problematiche iconografiche e iconologiche delle rappresentazioni di divinità guerriere nel mondo púnico", en **Varia iconographica ab oriente ad occidentem**, Università degli Studi di Roma, Roma, pp. 75-102.

FARISELLI, A. C. (2013): **Stato sociale e identità nell'occidente fenicio e púnico-I. Le armi in contesto funerario**, editorial Ágora, Lugano.

FERNÁNDEZ, J. H., LÓPEZ GRANDE, M. J., MEZQUIDA ORTI, A., VELÁZQUEZ BRIEVA, F., COSTA RIBAS, B. (2017): "Una sepultura con askoi zoomorfo y una punta de lanza de la necrópolis de Ca Na Jondala (Sant Josep de Sa Talaia, Ibiza)", en **Entre dos mundos: homenaje a Pedro Barceló**, Institut des Sciences et Techniques de

l'Antiquité, Besançon, pp. 307-336.

FERRER ALBELDA, E. (1994): "Algunas consideraciones sobre cronología y dispersión de las puntas de flecha orientalizantes en la Península Ibérica", **Anales de Arqueología Cordobesa**, 5, pp. 33-60.

FERRER ALBELDA, E. (1995): "Sobre la hipotética función premonetal de las puntas de flecha orientalizantes en la Península Ibérica", **Anejos de Archivo Español de Arqueología**, XIV, pp. 91-95.

FERRER ALBELDA, E. (1996): "Sistematización de las puntas de flecha orientalizantes, aspectos terminológicos y tipológicos", **Antiquitas**, 7, pp. 45-52.

GARCÍA ALONSO, E., BUESO MANZANAS, M. (2003): "La radiografía al servicio de la restauración: su aplicación en armamento ibérico", **Boletín del Museo Arqueológico Nacional**, 33, pp. 330-343.

GARCÍA GUINEA, M. A. (1967): "Las puntas de flecha con anzuelo y doble filo y su proyección hacia occidente", **Archivo Español de Arqueología**, 40, pp. 69-87.

GARCÍA JIMÉNEZ, G. (2011): **El armamento de influencia La Tène en la Península Ibérica**, Tesis Doctoral, Universitat de Girona, Girona.

GARCÍA JIMÉNEZ, G., QUESADA SANZ, F. (2014): "Los umbos bivalvos de scuta en Iberia y la cuestión celta", en **VII Simposio sobre Celtíberos. Nuevos hallazgos, nuevas interpretaciones**, Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda, Zaragoza, pp. 21-27.

GARCÍA-MAURIÑO MÚZQUIZ, J. (1993): "Los cascos de tipo Montefortino en la Península Ibérica. Aportación al estudio del armamento de la II Edad del Hierro", **Complutum**, 4, pp. 95-146.

GARCÍA SERRANO, R. (1976): "Hallazgo de un enterramiento púnico en Almuñécar (Granada), a comienzos del siglo XVII", **Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos**, LXXIX, 3, pp. 633-651.

GRAELLS I FABREGAT, R. (2012): "Corazas cortas campanas con detalle anatómico esquemático", **Mélanges de l'École française de Rome-Antiquité**, 124/2, pp. 475-549.

GRAELLS I FABREGAT, R. (2014): **Mistophoroi ex Iberias. Una aproximación al mercenariado hispano a partir de las evidencias arqueológicas (s. VI-IV a. C.)**, Ossana Edizioni, Venosa.

GÓMEZ BELLARD, F. (1996): "Lesiones craneales y amputaciones: el caso de Villaricos", en **Actas del II Congreso Nacional de Paleopatología**, Ministerio de Educación y Ciencia, Valencia, pp. 221-223.

GONZÁLEZ WAGNER, C. (1988): "Gadir y los más antiguos asentamientos fenicios al este del Estrecho", en **Actas del Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar**, UNED, Ceuta, vol. I, pp. 419-428.

GRAN AYMERICH, J. M. J. (1991): "Le secteur du théâtre au pied de l'Alcazaba: documentation archéologique. Les matériaux d'époque phénicienne et punique", en **Málaga phénicienne et punique. Recherches franco-espagnoles 1981-1988**, CNR, Paris, pp. 57-92.

GRAS, M., ROUILLARD, P., TEIXIDOR, J. (1991): **El universo fenicio**, Editorial Mondadori, Madrid.

GUBEL, E. (1992): "Armes", en **Dictionnaire de la civilisation phénicienne et punique**, Turnhout, Brepols, pp. 40-41.

GUTIÉRREZ LÓPEZ, J. M., GILES PACHECO, F. (2004): "Útiles de pesca de la factoría de salazones P-19 (anzuelos, ganchos y punta de arpón tipo Macalón)", en **Garum y salazones en el Círculo del Estrecho**, Universidad de Cádiz, Cádiz, pp. 140-141.

JARRY, M. (1939): "Sur une blessure mortelle causée par une flèche de bronze à Ugarit", **Syria**, 20, 4, pp. 293-296.

- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (2002): **La toréutica orientalizante en la Península Ibérica**, Real Academia de la Historia, Madrid.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J., MEDEROS MARTÍN, A. (2020): "Dos bocados de bronce hispano-fenicios en el Metropolitan Museum of Art (New York): en torno a la funcionalidad e iconografía del bronce Carriazo", **Zephyrus. Revista de Prehistoria y Arqueología**, LXXXV, pp. 53-78.
- JUNG, R., MEHOFER, M. (2008): "A Sword of Naue II Type from Ugarit and the Historical Significance of Itlaian-type Weaponry in the Eastern Mediterranean", **Aegean Archaeology**, 8, pp. 111-136.
- KAISER, J. M. (2003): "Puntas de flecha de la Edad del Bronce en la Península Ibérica. Producción, circulación y cronología", **Complutum**, 14, pp. 73-104.
- KARAGEORGHIS, V. (1971): **Chipre**, Editorial Juventud, Barcelona.
- LEHMANN-JERICKE, K. (2004): "The terracotta horseman", en **The Phoenician Cemetery of Tyre-Al Bass. Excavations 1997-1999**, Ministère de la Culture, Beyrouth, pp. 417-419.
- LEJARS, T. (2007): "Caractères originaux de l'armement celtique. Contraintes idéologiques et choix techniques", en **Les armes dans l'Antiquité. De la technique à l'imaginaire**, PUM, Montpellier, pp. 145-182.
- LÓPEZ CASTRO, J. L. (2005): "Astarté en Baria. Templo y producción entre los fenicios occidentales", **Archivo Español de Arqueología**, 78, pp. 5-21.
- MALUQUER DE MOTES, J., (1975): "La coraza griega de bronce, del Museo de Granada", **Zephyrus. Revista de Prehistoria y Arqueología**, 25, pp. 321-327.
- MANCEBO DÁVALOS, E. (2000): "Análisis de los objetos metálicos en el período Orientalizante y su conexión con el mundo fenicio. Los cuchillos afalcatados", en **Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos**, Universidad de Cádiz, Cádiz, vol. IV, pp. 1825-1834.
- MANSEL, K. (2000): "Los hallazgos de metal procedentes del horizonte fenicio más antiguo B1 del Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga)", en **Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos**, Universidad de Cádiz, Cádiz, vol. IV, pp. 1601-1604.
- MARTÍN RUIZ, J. A., PÉREZ-MALUMBRES LANDA, A. (2021): "Necrópolis fenicias en el mediodía peninsular: el ejemplo de la necrópolis de Málaga", en **La muerte y el más allá entre los fenicios y púnicos**, Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, Eivissa, pp. 125-145.
- MARTÍNEZ HAHNMÜLLER, V. (2012): **Baria II. La conquista romana de Baria**, Universidad de Almería, Almería.
- MAZAR, E. (2001): **The Phoenicians in Achziv. The Southern cemetery. Jerome L. Joss Expedition. Final Report of the Excavations 1988-1990**, Universidad Pompeu Fabra, Barcelona.
- MAZAR, E. (2004): **The Phoenicians family tombs N. 1 at the Northern cemetery of Achziv (10th-6th centuries BCE)**, Universidad Pompeu Fabra, Barcelona.
- MAZZOLI, M. (2016): "Elmi Montefortino nel Mediterraneo occidentale", en **Armas de la Hispania prerromana. Actas del Encuentro Armamento y Arqueología de la guerra en la Península Ibérica prerromana (s. VI-I a. C.): problemas, objetivos y estrategias**, Deutsches Archäologisches Institut, Mainz, pp. 109-147.
- MESEGUER, J. S. (1974): "Nuevas aportaciones al tema de las puntas de flecha a barbillon", **Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma**, 1, pp. 71-101.
- NAPOLI, L. (2008): "Le armi fenicie in Sardegna: alcune considerazioni interpretative", en **Le ricchezze dell'Africa. Risorse, produzioni, scambi**, Carocci editore, Roma, pp. 1653-1163.
- NÚÑEZ PARIENTE DE LEÓN, E. (2018): "Las varillas de plata de la tumba del guerrero de Málaga", en **La tumba del guerrero. Un enterramiento excepcional en la Málaga fenicia del siglo VI a. C.**, Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 231-238.
- PARKER, A. J. (1992): **Ancient Shipwrecks of the Mediterranean and the Roman Provinces**, BAR, Oxford.
- PARROT, A., CHEHAB, M. H., MOSCATI, S. (1975): **Los fenicios. La expansión fenicia**, Cartago, Editorial Aguilar, Madrid.
- PISANO, G. (1996): "L'iconografia del cavaliere nella glittica púnica", en **Alle soglie della classicità il Mediterraneo tra tradizione e innovazione**, Istituto Editoriali e Poligrafici Internazionali, Pisa-Roma, pp. 917-924.
- PUECH, E. (2000): "Les pointes de flèches inscrites de la fin du II millénaire en Phénicie et Canaan", en **Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos**, Universidad de Cádiz, Cádiz, vol. I, pp. 251-269.
- QUESADA SANZ, F. (1994): "Vías de contacto entre la Magna Grecia e Iberia: la cuestión del mercenariado", en **Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y la Península Ibérica. Una aproximación a las cuestiones culturales en el marco del Mediterráneo occidental clásico**, Universidad de Córdoba, Córdoba, pp. 191-246.
- QUESADA SANZ, F. (1997a): **El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la cultura ibérica (siglos VI-I a. C.)**, éditions Monique Mergall, Montanag, 2 vols.
- QUESADA SANZ, F. (1997b): "Montefortino-type and related helmets in the Iberian Peninsula: a study in archaeological context", **Journal of Roman Military Equipment Studies**, 8, pp. 151-166.
- QUESADA SANZ, F. (2002): "La evolución de la panoplia. Modos de combate y tácticas de los iberos", en **La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. de C.)**, Casa de Velázquez, Madrid, pp. 35-64.
- QUESADA SANZ, F. (2002-2003): "Innovaciones de raíz helenística en el armamento y tácticas de los pueblos ibéricos desde el siglo IV a. C.", **Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid**, 28-29, pp. 69-98.
- QUESADA SANZ, F., CASADO ARIZA, M., FERRER ALBELDA, E. (2014): "El armamento", en **La necrópolis de época tartésica de la Angorrilla, Alcalá del Río, Sevilla**, Universidad de Sevilla, Sevilla, pp. 351-378.
- QUESADA SANZ, F., GARCÍA GONZÁLEZ, D. (2018): "Las armas de la tumba del guerrero en Málaga", en **La tumba del guerrero. Un enterramiento excepcional en la Málaga fenicia del siglo VI a. C.**, Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 145-230.
- RAMÓN TORRES, J. (1983) "Puntas de flecha de bronce fenicio-púnicas halladas en Ibiza: algunos materiales inéditos", en **Homenaje al prof. Martín Almagro Basch**, Ministerio de Cultura, Madrid, vol. III, pp. 309-323.
- RAMÓN TORRES, J. (1995): **Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental**, Universitat de Barcelona, Barcelona.
- RODRÍGUEZ DE BERLANGA, M. (1891): **El nuevo bronce de Itálica**, Málaga.
- RODRÍGUEZ SEGOVIA, C., NÚÑEZ PARIENTE DE LEÓN, E. (2015): "Estudio y restauración del casco griego del museo de Málaga", **PH Investigación. Revista del IAPH para la investigación del patrimonio cultural**, 88, pp. 128-145.
- RUIZ CABRERO, L. A. (2009): "Sociedad, jerarquía y clases sociales de Cartago", en **Instituciones, demos y ejército en Cartago**, XXIII Jornadas de Arqueología fe-

nicio-púnica, Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, Eivissa, pp. 31-97.

SANDARS, H. (1913): "The Weapons of the Iberians" *Archaeologia*, 64, pp. 205-294.

SAVIO, G. (2004): **Le uova di struzzo dipinte nella cultura púnica**, Real Academia de la Historia, Madrid.

SCHUBART, H., NIEMEYER, H. G. (1969): "La factoría paleopúnica de Toscanos. (Resultados de las excavaciones estratigráficas)", en **Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular**, Universidad de Barcelona, Barcelona, pp. 203-210.

SCHUBART, H., MAASS-LINDEMANN, G. (1971): "Toscanos. El asentamiento fenicio occidental en la desembocadura del río de Vélez. Excavaciones de 1971", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 18, pp. 41-205.

SELLES, J. F. (1980): **La nécropoli K de Byblos**, Editions ADPF, Paris.

SGHAÏER, Y. (2017): "La représentation du guerrier dans l'univers libyco-phénicien", en **Guerre et religion dans le monde punique**, Université de Tunis, Tunis, pp. 243-256.

SIRET, L. (1985): **Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes**, Madrid.

TISSEYRE, P. (1998): "Armi", en **Palermo púnica. Catalogo della mostra**, Sellerio editore, Palermo, pp. 360-370.

TORELLI, M. (2018): **La tumba del guerrero del Museo de Málaga. Discurso del Académico electo Excmo. Sr. D. Mario Torelli leído en el acto de su recepción pú-**

blica en día 31 de mayo de 2018. Real Academia de Bellas Artes de San Telmo, Málaga.

TRÍAS DE ARRIBAS, G. (1967): **Cerámicas griegas de la Península Ibérica**, The William L. Bryant Foundation, Valencia, 2 vols.

TUSA, V. (2012): "Le armi dei corredi tombali della necropoli arcaica di Mozia", *Vicino Oriente*, XVI, pp. 131-150.

ULREICH, H., NEGRETE, M. A., PUCH, E., PERDIGONES, L. (1990): "Cerro del Prado. Die ausgrabungen 1989 im schutthang der phönizischen ansiedlung an der Guadarranque mündung", *Madridrer Mitteilungen*, 31, pp. 194-250.

VIDAL, J. (2006): "El enfrentamiento entre Tiro y Sidón durante los reinados de Abi-Milki y Zimrida. Ensayo de reconstrucción", *Aula Orientalis*, 24, pp. 255-263.

VIDAL, J. (2012): "Guerras desiguales: el imperio asirio contra las ciudades fenicias", *Revista Universitaria de Historia Militar*, 1, 1, pp. 100-116.

VITA, J. P. (1995), **El ejército de Ugarit**, CSIC, Madrid.

VITA, J. P. (2003): "El soldado", en **El hombre fenicio. Estudios y materiales**, CSIC, Madrid, pp. 69-77.

VIVES, A. (1917): **Estudio de arqueología cartaginesa. La necrópolis de Ibiza**, Madrid.

VOUILLEMOT, G., (1956): "La Nécropole punique du phare dans l'île Rachgoun (Oran)", *Libyca*, 3, pp. 7-62.

WAGNER, C. (2000): **Cartago. Una ciudad. Dos leyendas**, ediciones Alderabán, Madrid.

WARMENBOL, E. (1983): "Ils ont plié armes et bagages...quelques réflexions au sujet des épées ployées trouvées en Syrie et au Liban", *Studia Phoenicia*, I-II, pp. 79-89.

Recibido: 26/11/2021

Aceptado: 5/4/2022

